

Mijail Lermontov BAILE DE MÁSCARAS

DRAMA EN CUATRO ACTOS

Original:

[Маскарад](#)



1835

En el drama Baile de máscaras, prohibido por la censura, [Lérmontov](#) ataca a la nobleza.

Ebook: <http://originalbook.ru>

MIGUEL YUREVÍCH LERMONTOV
(1814-1841)

Años fecundos e inmortales debió vivir Rusia cuando simultáneamente escribían geniales poetas como Gogol, Pushkin, Lermontov, críticos como Belinski y apuntaba el genial adolescente Fedor Dostoievski.

La gratitud, sentimiento poco común entre los hombres, fue una de las cualidades preciosas de Miguel Lermontov. Los que vemos con qué facilidad los escritores saquean o desmedran a sus colegas sin tener la gratitud de dar a conocer las fuentes inspiradoras, nos admiramos de la valiente gratitud de Lermontov, discípulo y continuador de Pushkin, que supo casi jugarse la vida por defender su bandera civil y poética.

Talento fecundo y precoz, Lermontov no podía adquirir un volumen independiente mientras Pushkin como un astro absorbía la fama y el odio de sus contemporáneos. Cuando el autor de Boris Godunov cae herido en el trágico duelo-asesinato, Lermontov sale a defender la gloria del poeta y acusar a los asesinos.

En copias manuscritas reparte una elegía que fue publicada en Rusia mucho más tarde, pero que se transmite en seguida de mano en mano. Llega hasta el conde Benkendorf, virtual jefe de policía del zar, que la califica de «incitación a la revuelta».

En una de sus estrofas dice:

Vosotros, orgullosos descendientes

De antepasados conocidos por su cobardía.

Vosotros, cuyo servil talón ha hollado los restos de familias maltratadas por el capricho de la fortuna.

¡Vosotros, que en ávida turba rodeáis al trono,

Verdugos de la Libertad, del genio y de la gloria,

Amparados a la sombra de la ley!

Vuestra turbia sangre no alcanzará siquiera

A lavar la justa sangre del poeta.

Con estos versos retadores que le cuestan el confinamiento y que decidieron tal vez su trágico destino, entra el poeta en el corazón de Rusia como el heredero inmediato de Alejandro Pushkin.

ELEMENTOS DE SU BIOGRAFÍA

De brevedad inverosímil, los veintisiete años de su vida comienzan de esta manera.

Su madre: María Mijailovna Arséniev, perteneciente a una opulenta familia aristocrática, se casa con el militar retirado de escasos bienes Yuri Petrovich Lermontov, a pesar de la oposición de su madre. Al poco tiempo nace en la ciudad de Moscú, el 2 de octubre de 1814, Mijail Yurevich Lermontov. El niño pierde la madre a los tres años de edad y como el padre no gozara de la buena voluntad de la abuela, que ama apasionadamente al nieto, queda éste bajo su influencia y educación.

Desde niño crece en la residencia de su abuela, cerca de la aldea de Tarjan. Asiste a los continuos roces enemistosos entre su padre y su abuela, que dividen su cariño y atormentan su niñez, reflejada más tarde en su obra literaria.

Preparado por preceptores ingleses y franceses, que le dieron múltiple instrucción, ingresa en el año 1828 a los estudios regulares. Pero sus conocimientos son superiores a los de sus profesores, y después de dos años de choques continuos, en que manifiesta su temprana y brillante erudición, abandona los estudios.

Intenta trasladarse a la Universidad de San Petersburgo, pero no obtiene éxito y decide elegir la carrera militar, ingresando en 1832 a la escuela de los Caballeros de la Guardia. Igual que Pushkin, comienza a escribir versos desde muy temprano. Pronto es autor de *El prisionero del Cáucaso*, *Los Corsarios* y otras obras que reflejan la vida y las pasiones de los hombres del Cáucaso, ambiente que conoció durante su infancia. Ya desde sus primeros estudios el poeta adolescente demostró tener un gran sentido moral de la vida, de la sinceridad de los hombres, y reaccionó siempre con gran sensibilidad ante la hipocresía y la bajeza de sus compañeros.

Los choques con sus maestros afinaron y fortalecieron la conciencia de su talento. Muy temprano escribe poemas, dramas, encendidas protestas en contra de la esclavitud, llamados a la acción, motivos sobre el dolor castrador de la soledad, temas que ocupan el primer período de su creación y preocupan su corazón y su mente.

El talento del lírico inglés, romántico y rebelde, que entusiasma a todos los poetas de su tiempo, encuentra en Lermontov, como encontró en Pushkin, a uno de sus más fieles admiradores. El credo revolucionario de Byron atrae a la juventud liberal revolucionaria de su época; pero Lermontov, tanto como Pushkin, dueños de una personalidad muy propia, no aparecen en las letras como simples imitadores del romántico inglés.

Conociendo la diferencia que lo separaba de Byron, Miguel Yurevich afirma en un poema, al que pertenecen estas estrofas:

No, yo no soy Byron, yo soy otro Elegido también por fuerzas desconocidas, Y, como él un vagabundo perseguido por el mundo, Pero con el alma rusa...

El joven corneta del regimiento de Húsares de la Guardia adquiere fama como poeta recién en el año 1837, con sus poemas acusadores de la sociedad en que vivía, y penetrados de desprecio por la ruindad que lo circunda. Su poema dedicado a Pushkin, *La muerte del poeta*, terminó por inquietar a la corte del zar y decidieron que su sospechoso autor debía ser confinado a un regimiento de castigo del Cáucaso.

Allí se pone en contacto con los revolucionarios liberales confinados después del fracaso de la revolución decembrista de 1825 y traba amistad con A. Odoievski.

Ese año de permanencia en el Cáucaso es fecundo y tiene una importancia decisiva en su obra. Las vinculaciones de su abuela con figuras de la Corte le permiten, después de varios pedidos, volver a San Petersburgo, en cuya sociedad vuelve a hallarse a disgusto, pues cada vez es mayor el odio que le inspiran los círculos del zar.

Anatematiza en sus poemas a esa multitud interesada que rodea al trono, deseando con cada verso romper la alegría frívola que lo rodea y arrojarle a los ojos, valientemente, "poemas de hierro» templados de amarguras y de odio.

En los años treinta y nueve y cuarenta escribe su célebre trilogía novelada, *El héroe de nuestro tiempo*.

En 1840, tres años después que Pushkin fuera retado a duelo por un contrarrevolucionario francés refugiado en Rusia, Lermontov es retado también a duelo por el hijo del embajador francés, acusado de divulgar calumnias sobre su persona. Durante el duelo, Lermontov tira al aire y su contrincante no pega en el blanco. Aunque el entredicho pareció concluir felizmente, las consecuencias fueron harto penosas para el poeta. Después de analizar el duelo, un tribunal militar decide condenar a Lermontov a un regimiento de castigo. La intervención de su abuela

nuevamente hace que el confinamiento no sea tan riguroso, pero, con todo, es trasladado a un regimiento del Cáucaso.

Allí vuelve a encontrarse con los revolucionarios de su tiempo y conoce personalmente al que sería entonces el primer crítico de Rusia. El encuentro de Belinski con el poeta fue inolvidable para ambos. En una carta que escribió después de esta visita, Belinski dice:

«Hace poco estuve en la reclusión de Lermontov y por primera vez hablamos de corazón a corazón. ¡Qué profundo y poderoso espíritu tiene! ¡Con qué justeza trata los problemas vinculados al arte y qué gusto puro y profundo tiene...!»

Durante su permanencia en el Cáucaso, Lermontov se ve obligado a participar en los choques de las tropas zaristas en contra de los pueblos montañoses oprimidos.

Pero su conducta es rebelde y le gana el odio del zar Nicolás I, que trata de deshacerse del poeta, ordenando que lo ubiquen en la primera línea del frente. Rodeado de intrigas y de persecuciones que van cercando su vida, termina por ser ofendido y burlado por uno de sus compañeros que lo reta a duelo y lo mata el 15 de julio de 1841.

OBRA DEL POETA

La Revolución Francesa, saludada jubilosamente por su pluma en varios poemas, como también el movimiento revolucionario de julio de 1830, no alcanzan a reponerlo de la desesperación motivada por la derrota de los decembristas de 1825. La generación de los liberales revolucionarios no ve la posibilidad de una nueva ofensiva en contra de la Rusia de la servidumbre feudal. Un clima de depresión y de calumnia asfixiante lo rodea y le inspira aquellos versos inolvidables:

Adiós, Rusia,

País de esclavos, país de señores.

Y adiós a ustedes, uniformes celestes, Y a vosotros, pueblo obediente.

Tal vez, tras la cordillera del Cáucaso Me libraré de vuestros pajes,

De vuestros ojos vigilantes

Y de vuestras orejas siempre alertas.

Su odio no puede transformarse en acción y por ello sufre. Vive en años cuando la reacción impone otros caminos de lucha y la historia exige un largo período preliminar para crear las fuerzas de una nueva etapa de lucha.

Lermontov comprende con claridad su situación trágica y exclama:

Y como el delincuente ante la condena, Miro el futuro con temor,

Miro el pasado con angustia,

Busco a mi alrededor un alma hermana.

Destinado históricamente a actuar en un período que no le permitía la solución de los conflictos sociales, penetrado de esa imposibilidad, a menudo se preguntaba si el futuro comprendería el horror de la existencia de su generación que en los momentos de mayor júbilo no podía olvidar la angustia de su tiempo.

Su generación es, como decía Lunatcharski, «el eco sincero y profundo de la insurrección de los decembristas».

La obra múltiple de Lermontov ha dejado para la literatura rusa poemas, dramas y novelas, de las cuales *El héroe de nuestro tiempo* es tal vez su obra fundamental.

La novela consta de tres partes y su personaje principal es Pechorin.

Escrita casi al mismo tiempo que la novela en verso de Pushkin *Eugenio Onéguin*, su personaje central tiene ciertas características comunes que lo unen sin que el personaje de Lermontov sea de ninguna manera la imitación del héroe pushkiniano. Pechorin es el joven representante de la sociedad dirigente, con las características y enfermedades sociales y psicológicas de su tiempo. Simboliza la culta juventud de la nobleza con todas sus contradicciones. Lermontov presenta al personaje con este retrato: “tenía una pequeña mano aristocrática, una alta y noble frente despejada, cabello claro y cejas y bigotes oscuros”. Además describe su vestuario, presentando su resplandeciente y blanca ropa, su elegante chaqueta de terciopelo. Cuando describe su psicología lo hace con brevedad, señalando que sus ojos «sonreían burlonamente, mientras él no sonreía, pues su mirada penetrante y pesada parecía atrevida si no fuera por su aspecto general tan indiferente». Su figura es de complexión recia y de cintura fina, capaz de sufrir los cambios de clima y una vida de trájín. Por otra parte, sufría del sistema nervioso y según expresión del propio Lermontov tiene similitud con algunos personajes de Balzac. Su fortaleza le permite permanecer largas horas de caza, le sobra coraje para

enfrentar un jabalí, y al mismo tiempo es de los que se resfrían a la menor corriente de aire o palidecen cuando golpean las puertas y ventanas.

Lermontov pone en boca de su personaje estas palabras: «En mí viven dos personas al mismo tiempo. Una actúa y otra la juzga...» «Toda mi vida -reconoce el propio Pechorin- fue un eslabonamiento de contradicciones lamentables entre el corazón y la razón».

La dualidad de la enfermedad espiritual que aqueja al personaje se manifiesta en su actitud frente a la vida.

Pechorin es un desencantado con apariencias de indiferente. El pesimismo de Pechorin tiene un sentido profundamente escéptico. Pechorin dice de sí mismo que su alma «está arruinada por la sociedad»; «la imaginación siempre inquieta, el corazón insatisfecho; todo es poco, me acostumbré a la tristeza con la misma facilidad que al goce y mi vida se torna cada vez más vacía». Y más adelante agrega: «mi juventud descolorida transcurrió en lucha con la sociedad y los mejores sentimientos debí guardarlos en la profundidad de mi corazón temiendo la burla. Y allí ocultos murieron... Al conocer bien la sociedad y sus resortes me hice hábil en el manejo de esta ciencia de la vida... Y entonces en mi pecho nació la desesperación fría, impotente, cubierta de amabilidades y sonrisas bondadosas. Yo me he vuelto moralmente un inválido; la mitad de mi alma dejó de existir secándose, evaporándose, y muerta yo la arranqué para arrojarla y me quedé con la otra parte dispuesta a vivir al servicio de cada uno, y nadie sabía siquiera de su existencia». Este estudio psicológico es acusador. Es la sociedad cruel de la tercera década del siglo XIX que en Rusia deformaba y mutilaba las mejores energías de la intelectualidad joven. El camino penoso de los Pechorin fue abriendo la ruta para las nuevas fuerzas que más tarde actuarían en Rusia. De aquí que, en efecto, la imagen de Pechorin fuera la imagen del héroe de la sociedad dominante de su país.

La composición de esta novela, las imágenes y el idioma son brillantes, teniendo en cuenta especialmente que, hasta Lermontov, Pushkin apenas había abordado el relato o la novela corta y casi no existían traducciones al ruso de las primeras novelas francesas. Gogol consideraba que nadie «había escrito en Rusia con una prosa tan perfecta y perfumada como Lermontov».

Sus obras de teatro *El baile de máscaras*, *Los españoles*, *El hombre raro*, *Los dos hermanos*, lo han consagrado en la literatura rusa como dramaturgo de primera agua. El camino abierto en el teatro mundial por el insuperado genio dramático de

Shakespeare encontró en el espíritu de Pushkin y Lermontov a sus continuadores más respetuosos.

El baile de máscaras, que por su título podría creerse que sólo encierra la conocida intriga de carnaval, es en realidad el mero marco para desarrollar una tragedia profunda de sentimientos universales. Además de reflejar con maestría diferentes tipos de la sociedad, Lermontov aborda un carácter humano aun no reflejado en literatura. Arbenin, el personaje central, encarna la tragedia de los celos.

Podría decirse que después de Otelo, el escritor ruso no podía aportar ninguna novedad psicológica a las características del celoso marido de Desdémona. Sin embargo, la diferencia entre Otelo y Arbenin es enorme como la que hay entre el general moro y un hombre de la alta sociedad rusa. Si bien es cierto, en ambos existe el mismo prejuicio sobre la dependencia emocional absoluta de la esposa al marido y el sentimiento de los celos es universal, las condiciones históricas, la situación y sobre todo las características raciales y nacionales imprimen rasgos propios a la tragedia de Lermontov. A diferencia del general moro, primitivo, inculto y colérico, Arbenin es escéptico, culto, fino y frío.

Hombre acostumbrado a vencer los corazones femeninos, de postura wildeana como la mayoría de los personajes de Lermontov, Arbenin ama, sufre, cela y mata a su manera.

Su calculada aparente frialdad y autodominio desafiante, esconden un subsuelo volcánico que se manifiesta de otra manera. La elegancia y el individualismo, sumados a un egoísmo implacable, hacen que la figura de Arbenin sea una creación. El diálogo antes de la muerte de Nina, que perece envenenada por su celoso marido, es de un dramatismo que pasma la sangre. La indeclinable decisión del asesino es fría e inalterable, a pesar de las palabras de inocencia de la víctima. La locura, castigo final que da el autor al personaje por su crimen, continúan esa atmósfera de misterio que tiene la enigmática psicología rusa, sobria, trágica y convulsiva hasta el extremo.

Es realmente asombroso que el autor haya podido escribir este drama a los veinticuatro años de edad, creando personajes cuya comprensión requiere la sabiduría de los grandes dolores.

Otros sentimientos universales aparecen tratados en la obra dramática de Lermontov. Y si bien es cierto que su obra *El demonio* pertenece exactamente a este género, es un poema dramático de profundo contenido filosófico, de gran vuelo, al que tal vez no fue ajena la lectura en alemán del *Faust* de Goethe.

Imágenes gigantescas se debaten en la acción buscando el bien y la belleza.

El demonio vivía para sí mismo, aburriéndose de sí mismo, y su egoísmo le pesaba fatalmente. La vida sin objeto, la falta de ideal, la penosa soledad, le hacen exclamar:

Qué amargura angustiosa

Vivir todo este siglo,

Sólo para gozar o sufrir...

Vivir para uno mismo,

Aburrirse de sí mismo

Y en esta eterna lucha

No encontrar la victoria.

Compadecer siempre y no desear.

Ver, sentir y saberlo todo,

Tratar de odiar todo lo que existe Y despreciar todo en el mundo.

Este pesimismo satura toda la obra de Lermontov, pero no es un pesimismo descorazonador, es un pesimismo acusador. Sus personajes están condenados a la inacción por las condiciones históricas en que viven y sufren de ello. También revelan las causas que disminuyen su energía y crean esa postura psicológica que ha denominado muy bien Máximo Gorki: .

«El pesimismo de Lermontov es un sentimiento real: en ese pesimismo vibra claramente el desprecio a la sociedad que lo origina y lo condena; manifiesta una sed de lucha como también de angustia y la desesperación, al tener conciencia de la soledad y la impotencia. Su pesimismo está dirigido íntegramente en contra de la sociedad dominante.»

En los poemas líricos de sus primeros años, Lermontov afirmaba:

Yo debo actuar todos los días.

Yo debo hacer que cada día sea inmortal; Como la sombra de un gran héroe, no puedo comprender

Qué significa descansar

Con este espíritu, esta energía y voluntad de acción, al poeta le toca vivir la dramática derrota de los decembristas y la condena personal del confinamiento riguroso. Todo esto explica la amargura de sus personajes, «condenados a la soledad en un país de esclavos y señores».

En su desafío a la Rusia de Nicolás I, Mijail Yurevich usa el tono lírico-social que le confiere el derecho de ser uno de los precursores del lirismo combativo en la poesía rusa. En uno de sus poemas dice que su generación «envejecerá por falta de acción»; «ante el peligro, los jóvenes vergonzosamente mezquinos, y ante el poder, simples esclavos despreciables».

La nobleza quedó reflejada en sus estrofas con sus pequeñas pasiones e intenciones míseras, «clase que no dejará al futuro ni ideas fecundas ni el genio de trabajos comenzados».

Este poeta ruso quería salir del círculo que lo rodeaba. Lermontov comprendió el papel humano, civil y no sólo literario del poeta. El lirismo de sus poemas *El profeta*, *El poeta* y otros, lo demuestra. Al romper con esa sociedad caduca, al despreciarla, marcha por el verdadero camino y, como Pushkin, encuentra en el pueblo, en los revolucionarios liberales de vanguardia, a sus verdaderos amigos. En la descripción de ciertos personajes de *Mziri*, *La canción sobre el zar Iván Vasilievitchy* y otros de su novela *El héroe de nuestro tiempo*, aparecen hombres del pueblo, montañeses o caucasianos, dotados de la psicología opuesta a la de los héroes de la sociedad dominante. Sanos, viriles, audaces, tal vez más primitivos pero llenos de vitalidad optimista e imbuidos de un amor pagano. Ya no son figuras cansadas y anémicas. Son hombres temperamentales, apasionados y resueltos, sensuales y pintorescos como la maravillosa tierra del Cáucaso, grandiosa y virgen, leal y voluptuosa.

Cuando el talento de Lermontov recién subía al cenit, su vida fue quebrada definitivamente, dejando para la literatura rusa una herencia sugestiva y perdurable. Una serie de personajes de Turgueniev y de Chejov ahondaron más tarde los rasgos de los «hombres inútiles» de la sociedad y tienen raíz en la psicología del héroe de su obra.

Junto con Pushkin y Gogol, Lermontov afirmó la orientación crítica de la literatura de su tiempo, educando al pueblo en el amor y el respeto de los mejores sentimientos, en una prosa o verso de sutil encanto y elegancia.

Baile De Máscaras. Mijail Lermontov

PERSONAJES

Arbenin, Eugenio Alexandrovich.

Nina, su esposa.

Príncipe Zvezdich.

Baronesa

Shgral.

Kazarin,

Afanasio Pavlovich. Shprii,

Adam Petrovich.

Máscara.

Funcionario.

Jugadores.

Visitas.

Lacayos y sirvientes.

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

SALEN PRIMERO: JUGADORES, EL PRÍNCIPE ZVIEZDICH, KAZARIN Y SHPRII

(Sentados alrededor de una mesa y jugando a los naipes, rodeados de curiosos).

JUGADOR 1º- Iván Ilich, hago juego.

BANQUERO. - Comience nomás.

JUGADOR 1º - Van cien rublos.

BANQUERO. - Aceptado.

JUGADOR 2º - Yo continúo.

JUGADOR 3º - Usted tiene que mejorar su suerte, pues no le ha ido muy bien.

JUGADOR 5º - Hay que doblar las apuestas.

JUGADOR 3º - De acuerdo.

JUGADOR 2º - ¿Juegas toda la banca?... ¡No creo que resistas!

JUGADOR 4º - Escúcheme, querido amigo: el que hoy no se inclina no logrará nada.

JUGADOR 3º - (En voz baja al 1º). Mucho cuidado.

PRÍNCIPE ZVIEZDICH. - ¡Banca!

JUGADOR 2º - ¡Eh, Príncipe! La ira arruina la sangre; juegue sin enfadarse.

PRÍNCIPE. - Deje por esta vez de darme consejos.

BANQUERO. - ¡Cubro!

PRÍNCIPE. - ¡Demonios!

BANQUERO. - Permítame recoger.

JUGADOR 2º - (Burlonamente). Veo que con esa pasión está dispuesto a perder todo. ¿Qué valen sus galones?

PRÍNCIPE. - Los he logrado con honor y usted no podrá comprármelos.

JUGADOR 2º - (Sale murmurando entre dientes).

Debía ser más modesto con esta desgracia y a su edad.

(El príncipe bebe un vaso de limonada y se sienta aparte, pensativo).

SHPRIJ. - (Acercándose, comprensivo). ¿No le hace falta dinero, príncipe? Puedo ayudarlo en seguida.

No es mucho el interés... Estoy dispuesto a esperar cien años.

(El príncipe inclina fríamente la cabeza y no le responde. Shpriy se aleja, disgustado. Salen Arbenin y otros. Arbenin entra, saludando; se acerca a la mesa y haciendo una señal se aleja con Kazarin).

ARBENIN. - ¿Qué tal? Ya no juegas, Kazarin, ¿eh?

KAZARIN. - Estoy mirando, hermano, cómo juegan los demás. ¡Y tú, queridísimo, te has casado, eres rico, te has vuelto un gran señor y has olvidado a tus camaradas!

ARBENIN. - Sí, es cierto, hace mucho que no juego con vosotros.

KAZARIN. - ¿Siempre ocupado?

ARBENIN. - Más con amores que con asuntos.

KAZARIN. - ¿Concurres con tu esposa a los bailes?

ARBENIN. - No.

KAZARIN. - ¿Juegas?

ARBENIN. - No... Me he calmado. Pero veo aquí a mucha gente nueva. ¿Quién es ese pituco?

KAZARIN. - Shpriy, Adam Petrovich... Se lo presento en seguida. (Shpriy se aproxima y saluda). Aquí le recomiendo a este amigo: Arbenin.

SHPRIJ. - Yo a usted lo conozco.

ARBENIN. - Yo, sin embargo, no recuerdo haberlo encontrado antes, ni haber conversado con usted.

SHPRIJ. - ¡He oído hablar tanto de usted, que hace mucho que deseaba conocerlo!

ARBENIN. - De usted no he oído hablar nada, por desgracia, pero desde luego ya me enteraré. (Secamente responde al saludo, y Shpriy, haciendo una mueca agria, se aleja). No me gusta... He visto muchas caras, pero ésta es difícil de inventarla. A propósito: la sonrisa mala, los ojos vidriosos. Mirándolo no parece un hombre y, sin embargo, no parece un demonio.

KAZARIN. - ¡Ay, hermano mío!; ¿qué vale el aspecto exterior? Que sea el mismo demonio... pero es un hombre necesario. Si te hace falta, te dará un préstamo. ¿De qué nacionalidad será? Es difícil responder. Habla en todos los idiomas y lo más seguro es que sea judío. A todos los conoce, está en todas partes, todo lo recuerda, todo lo sabe,

tiene presente a todo nuestro siglo. Fue vencido más de una vez; pero con los ateos es ateo, con los creyentes, jesuita; entre nosotros, jugador perverso, y entre la gente honrada, el hombre más honrado. Para ser más breve, ya lo amarás, te lo aseguro.

ARBENIN. - El retrato es bueno, pero el original es malo. ¿Y aquel alto, con bigotes, y de mejillas rosadas? Seguramente mercader de una tienda de moda; amante preferido, venido de tierras lejanas. Seguramente un héroe, pero no en los hechos; maestro en el manejo de la pistola.

KAZARIN. - Casi... fue licenciado de su regimiento por un duelo, o quizá porque no asistió a él; temía ser muerto; además tiene una madre muy severa; cinco años después fue retado a otro duelo y esa vez tuvo que pelear en serio.

ARBENIN. - ¿Y aquel de pequeña estatura, despeinado y con sonrisa sincera, con una cruz y esa tabaquera?

KAZARIN. - Truschov. ¡Oh! Es un chico inapreciable. Creo que estuvo de servicio siete años en Georgia o fue enviado con algún general; creo también que con alguien allí se ha peleado y recibió cinco años de castigo y una cruz colgada al cuello.

ARBENIN. - ¡Oh! Es usted muy meticuloso en elegir a sus nuevos conocidos.

JUGADORES. - (Gritando). ¡Kazarin! ¡Afanás!

¡Pavlovich! ¡Aquí!

KAZARIN. - ¡Voy! (Con aparente interés). Voy como un terrible creyente. ¡Ja, ja, ja, ja!

JUGADOR 1º. - ¡Rápido!

KAZARIN. - ¿Es que pasa una desgracia?

(Los jugadores conversan animadamente, luego se calman. Arbenin observa al príncipe Zvezdich y se acerca a él).

ARBENIN. - ¡Príncipe! ¿Qué hace usted aquí? Me parece que no es la primera vez...

PRÍNCIPE. - (Disgustado). Eso mismo quise preguntarle a usted.

ARBENIN. - Me voy a anticipar a su pregunta.

Hace ya mucho tiempo que los conozco y antes solía frecuentar a menudo esta compañía; miraba con mucha inquietud cómo giraba la rueda de la suerte y cómo

algunos salían victoriosos y otros vencidos. Yo no los envidiaba y tampoco participaba con ellos de ese camino. He visto a muchos jóvenes llenos de esperanza; ignorantes y muy dichosos en la ciencia de la vida; de almas muy ardientes, para quienes el amor era el objetivo de la vida. Los vi perecer muy pronto ante mis ojos... ¡Y he aquí que mi destino me trae nuevamente!

PRÍNCIPE. - (Tomando sus manos, conmovido).

¡He perdido!

ARBENIN. - Ya veo. ¿Y qué hacer? ¿Ahogarse?

PRÍNCIPE. - ¡Oh! ¡Estoy desesperado!

ARBENIN. - Hay sólo dos remedios: hacer un juramento y no jugar jamás, o sentarse inmediatamente de nuevo. Pero, para ganar aquí una jugada, usted deberá arrojar todo: la familia, los amigos y el honor; usted deberá probar, sentir fríamente su capacidad y su alma, y por partes entregarla y acostumbrarse a leer claramente en los rostros apenas conocidos por usted, todos los impulsos y pensamientos, utilizar varios años en el hábil manejo de las manos y despreciar todo: las leyes de la gente y las leyes de la naturaleza; de día pensar, de noche jugar, jamás estar libre de torturas y que nadie adivine sus tormentos. No estremecerse cuando junto a usted esté un rival, maestro como usted en el juego; esperar un fin feliz a cada instante y no sonrojarse cuando abiertamente le digan «¡Canalla!».

(Pausa. El príncipe, angustiado, apenas pone atención a sus palabras).

PRÍNCIPE. - No sé qué hacer, ni cómo proceder.

ARBENIN. - ¿Qué desea?

PRÍNCIPE. - Tal vez la felicidad...

ARBENIN. - ¡Oh, la felicidad no está aquí!

PRÍNCIPE. - Es que yo he perdido todo... ¡Ay, deme un consejo!

ARBENIN. - Yo no doy consejos.

PRÍNCIPE. - Entonces... me sentaré de nuevo...

ARBENIN. - (De pronto, tomándolo del brazo).

¡Espere un poco! Me sentaré yo en su lugar. Usted es joven, yo también fui joven y sin experiencia como usted, engreído, y si... (Haciendo una pausa) alguien me detenía, entonces... (Mirándolo fijamente y luego cambiando de tono). Deme usted valientemente la mano, deseándome buena suerte. De lo demás no se preocupe, es asunto mío. (Acercándose a la mesa y ocupando un lugar). No rechacen a este inválido.

Quiero probar también ahora mi destino. Veremos si ahora la suerte protegerá a su antiguo esclavo.

KAZARIN. - No pudo resistir... Se encendió aquel viejo fuego. (En voz baja) Y ahora no hagas mal papel y demuéstrelas qué significa enfrentarse con un viejo jugador.

JUGADORES. - ¡Permiso! Los naipes son suyos; usted es el dueño; nosotros somos ahora las visitas.

JUGADOR 1º - (Al oído de su compañero).

Cuídate, y muy listos los ojos. No me gusta este Caín.

Me va a cubrir el As con otro As suyo.

(El juego comienza. Todos se agrupan alrededor de la mesa; se oyen algunas exclamaciones. Al final de la conversación varios de los presentes se alejan de la mesa con aspecto sombrío. Tomando del brazo a Kazarin, Shpriy se adelanta hacia el primer plano del escenario).

SHPRIJ. - (Con sorna) Se agruparon todos como si comenzara la tempestad.

KAZARIN. - Me va a dejar aterrorizado por un mes.

SHPRIJ. - Se ve que es un maestro.

KAZARIN. - Fue.

SHPRIJ. - ¿Fue? ¿Y ahora...?

KAZARIN. - ¿Y ahora?... Se casó y es muy rico, se ha vuelto hombre de alta posición; parece un corderito y de verdad es aquel mismo animal... Alguien me dirá que se pueden perder las costumbres y vencer la naturaleza.

Es un imbécil el que afirma eso. Aunque aparente ser un ángel, sigue llevando el demonio en el alma. Y aunque tú eres sólo un niño, amigo mío (Golpeándole el hombro) comparado con él, también tú ocultas un demonio.

(Dos jugadores se acercan conversando en voz alta).

JUGADOR 1º- Yo te decía.

JUGADOR 2º- ¡Qué hacer, hermano! Por lo visto han chocado dos potencias. Tal vez es muy astuto. Pero no, a todos los ha vencido uno por uno. Hasta da vergüenza recordarlo...

KAZARIN. - (Acercándose) ¿Qué tal, señores, es que ya no tienen fuerzas? ¿Eh?

JUGADOR 1º- Arbenin es un crack.

KAZARIN. - ¿Y? ¿Qué tal, señores?

(Reina inquietud entre los jugadores).

JUGADOR 3º- ¡De esta manera creo que llegará hasta los diez mil!

JUGADOR 4º- (En voz baja) No resistirá...

JUGADOR 5º- Veremos.

ARBENIN. - (Poniéndose de pie) ¡Basta!

(Recoge todas las monedas de oro y se aleja; los demás quedan junto a la mesa; también Kazarin y Shprii. Arbenin toma del brazo al príncipe y en silencio le entrega el dinero. Arbenin está pálido).

PRÍNCIPE. - ¡Oh! ¡Jamás lo olvidaré!... Usted me ha salvado la vida...

ARBENIN. - Y su dinero también. (Con amargura) Y en verdad es difícil decir qué vale más.

PRÍNCIPE. - ¡Qué gran sacrificio ha hecho por mí!

ARBENIN. - Ninguno. Estoy contento de tener la ocasión para inquietar mi sangre y nuevamente encender con ardor mi mente y mi pecho. Me he sentado a jugar como si usted hubiera partido a un duelo.

PRÍNCIPE. - ¡Pero podía haber perdido!

ARBENIN. - ¿Yo? ¡No!... Aquellos días placenteros han pasado. Yo veo todo y conozco todas las mañas; es por eso que ahora ya no juego.

PRÍNCIPE. - Usted elude mi agradecimiento.

ARBENIN. - Para decirle la verdad, no lo soporto.

Jamás, ni a nada ni a nadie le debo algo yo en la vida; y si a alguien he pagado con el bien, no ha sido por quererle demasiado, sino simplemente porque he visto utilidad en eso.

PRÍNCIPE. - No le creo.

ARBENIN. - ¿Quién lo obliga a creerme? Estoy acostumbrado a eso desde hace mucho tiempo y si no fuera por pereza me volvería hipócrita... Pero terminemos esta conversación. (Pausa). Si nos fuéramos a divertir un poco, no nos haría mal ni a usted ni a mí...

Hoy es fiesta y creo que hay baile de máscaras en la casa de Engelhardt.

PRÍNCIPE. — Es cierto.

ARBENIN. - Vamos.

PRÍNCIPE. - Estoy contento.

ARBENIN. - (Consigo mismo) Entre la multitud descansaré un poco.

PRÍNCIPE. - Allá hay mujeres, ¡una maravilla!... Y hasta dicen que suelen ir...

ARBENIN. - Que digan, a nosotros qué nos importa. Bajo el disfraz, todas las clases son iguales; las máscaras no tienen alma, ni nombre; tienen cuerpo; y si la máscara esconde sus facciones, hay que quitarle el antifaz con audacia. (Salen).

(Los mismos, menos Arbenin y el príncipe Zvezdich).

JUGADOR 1º - Se ha declarado en huelga a tiempo. Con él es inútil jugar

JUGADOR 2º - No nos dio siquiera tiempo de levantar cabeza.

LACAYO. - (Entrando) ¡La cena está lista!

DUEÑO. - ¡Vamos, señores! El champaña os consolará de vuestras pérdidas. (Salen).

SHPRIJ. - (Solo) Quisiera hacer amistad con Arbenin... Pero también quiero cenar gratuitamente.

Cenaré aquí..., averiguaré aún algo, y lo seguiré al baile de máscaras.

(Sale murmurando).

ESCENA II**BAILE DE MÁSCARAS**

MÁSCARAS, ARBENIN, LUEGO EL PRÍNCIPE ZVIEZDICH.

(La multitud se pasea en el escenario. A la izquierda, un canapé)

ARBENIN. - (Entrando) En vano busco distracción en todas partes. Vivaz y ruidosa es la multitud ante mis ojos, pero sigue frío mi corazón y duerme mi fantasía. Son todos extraños para mí y yo también un extraño para ellos. (Se acerca el príncipe, bostezando) He aquí la nueva generación... y yo también fui alguna vez joven como ellos, por lo visto. ¿Qué tal, príncipe? ¿No conquistó todavía alguna aventura?

PRÍNCIPE. - ¿Qué hacer? Hace una hora que estoy buscando.

ARBENIN. - ¡Ah!, ¿usted quiere que la felicidad lo busque a usted? Eso es muy nuevo... habría que hacerle conocer...

PRÍNCIPE. - Todas las mascaritas son muy tontas.

ARBENIN. - Las máscaras nunca son tontas; si calla, es misteriosa; si habla, es encantadora. Usted puede siempre imaginar una sonrisa, una mirada que adorne sus palabras... Por ejemplo, mire usted allí, cómo se yergue noblemente esa alta máscara disfrazada de otomana... ¡Qué gordita! ¡Cómo respira su pecho, con pasión y libremente! ¿La conoce? ¿No sabe usted quién es? Tal vez una orgullosa condesa o baronesa. Una Diana en la sociedad y una Venus en el baile de máscaras. También podría ser que esa hermosura lo visitase esta noche por media hora en su casa. En ambos casos, no pierda el tiempo. (Se aleja).

EL PRÍNCIPE Y LA MASCARITA

(Un dominó se acerca y se detiene; el príncipe, de pie, muy pensativo).

PRÍNCIPE. - Todo eso está muy bien... pero, sin embargo, yo continuo bostezando... Pero he aquí que llega una... ¡Ojalá, Dios mío, que tenga suerte!

(Una mascarita, separándose del grupo, le golpea el hombro).

MASCARITA. - ¡Yo te conozco!

PRÍNCIPE. - Pero, por lo visto, poco.

MASCARITA. - Y hasta sé qué es lo que estás pensando.

PRÍNCIPE. - Entonces eres más feliz que yo.

(Tratando de mirar debajo del antifaz) Si no me equivoco, tiene una boquita espléndida.

MASCARITA. - ¿Te gusto? Tanto peor.

PRÍNCIPE. - ¿Para quién?

MASCARITA. - Para alguno de los dos.

PRÍNCIPE. - No veo por qué... No me asustarás con tus adivinanzas, y aunque no soy nada astuto, ya averiguaré quién eres.

MASCARITA. - Así es que crees estar seguro del fin de nuestra conversación...

PRÍNCIPE. - Hablaremos y nos separaremos.

MASCARITA. - ¿Estás seguro?

PRÍNCIPE. - Tú hacia la izquierda, yo hacia la derecha...

MASCARITA. - Pero si yo estoy aquí con el único propósito de verte y de hablar contigo; si te dijese que dentro de una hora me jurarás que jamás podrás olvidarme; que serías feliz de entregarme la vida aunque sea sólo por un instante. ¡Oh!, cuando yo desaparezca como un fantasma sin nombre y escuches de mis labios sólo: hasta la vista...

PRÍNCIPE. - Eres una mascarita inteligente, pero pierdes mucho tiempo hablando. Ya que me conoces, dime quién soy yo.

MASCARITA. - ¿Tú? Un hombre sin carácter, sin moral, ateo, engreído, malo y débil; en ti se refleja todo nuestro siglo. Nuestro tiempo es brillante, pero miserable. Quieres llenar tu vida, pero huyes de las pasiones; quieres tener todo, pero no sabes sacrificarte; desprecias a la gente sin corazón y sin orgullo, pero tú mismo eres juguete de esa gente. ¡Oh, yo te conozco!...

PRÍNCIPE. - Eso me halaga mucho.

MASCARITA. - También has hecho mucho mal...

PRÍNCIPE. - Sin querer, tal vez.

MASCARITA. - ¡Quién sabe! Lo único que sé es que no deberían quererte tanto las mujeres.

PRÍNCIPE. - Yo no busco amor.

MASCARITA. - ¡No sabes buscarlo!

PRÍNCIPE. - Mejor dicho, estoy cansado de buscarlo.

MASCARITA. - Pero si ella de pronto aparece ante ti y dice: eres mío, ¿acaso eres capaz de quedar insensible?

PRÍNCIPE. - ¿Pero quién es ella?... Desde luego, un ideal...

MASCARITA. - No, una mujer... ¿Y lo demás, qué importa?

PRÍNCIPE. - Pero muéstramela, que aparezca, y sea valiente

MASCARITA. - Tú quieres demasiado. Piensa lo que has dicho. (Breve pausa) Ella no exige ni suspiros, ni declaraciones, ni lágrimas, ni ruegos, ni discurso apasionado.

Pero dadme el juramento de abandonar todo intento, de averiguar quién es ella... y de todo, ¡callar!...

PRÍNCIPE. - ¡Juro por la tierra y por todos los cielos y por mi honor!...

MASCARITA. - ¡Mira, ahora vamos! Y recuerda que no puede haber bromas entre nosotros... (Se van del brazo).

ARBENIN Y DOS MÁSCARAS

(Arbenin arrastra del brazo una máscara).

ARBENIN. - Usted me ha dicho tales cosas, señor mío, que mi honor no me permite soportarlo... ¿Usted sabe quién soy yo?

MÁSCARA. - Yo sé quién ha sido usted.

ARBENIN. - Quítese inmediatamente el antifaz.

Usted procede con falta de honradez.

MÁSCARA. - ¿Por qué? Usted desconoce mi rostro y es como una careta; yo lo veo a usted por primera vez.

ARBENIN. - No creo. Me parece que usted me tiene demasiado miedo. Me da vergüenza enfadarme.

¡Usted es un cobarde! ¡Fuera de aquí!

MÁSCARA. ¡Adiós, entonces!... ¡Pero cuídese! Esta noche le ocurrirá una desgracia. (Desaparece entre la multitud).

ARBENIN. ¡Espere un poco!... ¡Desapareció!...

¿Quién será? Vea la nueva preocupación que Dios me ha dado. Será algún enemigo cobarde, y yo tengo tantos.

¡ja, ja, ja, ja! ¡Adiós, amigo, que te vaya bien!

SHPRIJY ARBENIN

(Entra Shpriy. Sentadas en el canapé conversan dos mascaritas; alguien se acerca, intrigándolas, y trata de tomar a una de ellas de la mano... Esta, desprendiéndose, se aleja, dejando caer sin darse cuenta una pulsera).

SHPRIJ. ¿A quién trataba usted sin piedad, Eugenio Alexandrovich?

ARBENIN. - Nada, bromeaba con un amigo.

SHPRIJ. - Por lo visto, la broma era muy en serio, pues se alejaba insultándolo.

ARBENIN. - ¿A quién?

SHPRIJ. - A otra máscara.

ARBENIN. - Tiene usted un oído envidiable.

SHPRIJ. - Yo escucho todo, pero guardo completo silencio, y jamás me meto en asuntos ajenos...

ARBENIN. - Se ve. ¿Entonces no sabe usted quién es?... ¿Pero cómo puede ser, no tiene usted vergüenza?

De esto...

SHPRIJ. - ¿De qué se trata?

ARBENIN. - No es nada, lo dije en broma...

SHPRIJ. - Diga no más.

ARBENIN. - (Cambiando de tono) ¿Sigue visitándolo aquel morocho con bigotes? (Se aleja, silbando una canción).

SHPRIJ. - (Solo) Que se le seque la garganta... Se ríe de mí... pero tú también andarás pronto con cuernos.

(Confundiéndose entre la multitud).

MASCARITA 1ª SOLA

(Aparece caminando rápidamente la 1ª mascarita y muy agitada se deja caer sentada sobre el canapé).

MASCARITA. - ¡Ay!... Apenas respiro... No hace más que seguirme. ¡Y si... me arranca el antifaz!... ¡Pero no, él no me ha reconocido!... Cómo podría sospechar de una mujer que la sociedad admira y envidia, que olvidándose de todo se arroja a su cuello, rogándole instantes de dulzura, sin exigir amor y sólo compasión y que le dice: «¡soy tuya!». Este secreto jamás lo conocerá... ¡Que así sea!.. Yo no quiero... Pero él desea guardar de mí algún objeto de recuerdo..., un anillo...

¿Qué hacer?... El riesgo es terrible... (Advierte una pulsera en el suelo y la levanta)
¡Qué dicha! ¡Dios mío!

Una pulsera perdida. Esmalte y oro... Se la daré...

¡Espléndido!... Que me encuentre después con ella.

LA 1ª MÁSCARA Y EL PRÍNCIPE ZVIEZDICH

(El príncipe, con monóculo, se acerca con paso apresurado).

PRÍNCIPE. - Es la misma... ¡Es ella!... ¡Entre miles la reconocería! (Sentándose en el canapé y tomándola de la mano) ¡Oh, no te escaparás!...

MASCARITA. - Yo no me escapo. ¿Qué es lo que quieres?

PRÍNCIPE. - Quiero verte.

MASCARITA. - ¡La idea es ridícula! Estoy delante tuyo...

PRÍNCIPE. - ¡Es una broma perversa! Tu fin es bromear, pero mi fin es otro... Si no me descubres inmediatamente tus rasgos celestiales, te arrancaré por la fuerza ese pícaro antifaz...

MASCARITA. - ¡Vaya una a comprender a los hombres!... Está insatisfecho... Le es poco saber que yo lo amo... Pero no, usted quiere todo; usted necesita mi honor para mancillarlo. Para encontrarme después en un baile o en un paseo y poder contar esta alegre aventura a los amigos, y para quitarles las dudas, decirles, señalándome con un dedo: es ella.

PRÍNCIPE. - Yo recordaré su voz.

MASCARITA. - Eso sí que es gracioso. Encontrará cien mujeres que hablen con esta misma voz; lo avergonzarán cuando se acerque, y eso no estaría mal.

PRÍNCIPE. - Pero mi felicidad no es completa.

MASCARITA. - ¡Vaya a saberlo! Tal vez usted deba bendecir a la suerte que no me haya quitado el antifaz. Tal vez soy vieja y fea...

PRÍNCIPE. - Tú quieres asustarme, pero conociendo la mitad de tus maravillas, ¿cómo no adivinar las demás?

MASCARITA. - (Intentando alejarse) Adiós para siempre.

PRÍNCIPE. - ¡Oh, espera un solo instante! No me has dejado nada de recuerdo, no tienes ninguna compasión para este pobre loco.

MASCARITA. - (Alejándose) Tiene razón... me da lástima... Tome esta pulsera.

(Arroja la pulsera al suelo; mientras él la levanta, ella desaparece entre la multitud).

EL PRÍNCIPE Y LUEGO ARBENIN

PRÍNCIPE. - (Buscándola en vano con la mirada) Me he quedado con un palmo de narices. ¡Es como para perder el juicio!... (Viendo a Arbenin) ¡Ah!

ARBENIN. - (Acercándose pensativo) ¿Quién será ese mal adivino?... Debe conocerme... y seguramente no es una broma.

PRÍNCIPE. - (Acercándose) Me ha servido muy bien su lección de hoy.

ARBENIN. - Me alegro en el alma.

PRÍNCIPE. - Pero la felicidad llegó volando sola.

ARBENIN. - Sí, la felicidad es siempre así.

PRÍNCIPE. - Apenas creí que ya la tenía, pensé: esto es todo, cuando de pronto como un soplo (sopla en la palma de la mano) ha desaparecido. Ahora puedo estar seguro que si no ha sido un sueño soy un gran idiota.

ARBENIN. - Como yo no sé nada, no puedo discutir.

PRÍNCIPE. - Usted siempre bromeando. No podrá ayudarme en esta desgracia. Le contaré todo... (Le habla al oído). Quedé completamente asombrado. La pícara se arrancó de mis brazos... y he aquí el lamentable fin y todo como un sueño. (Mostrándole la pulsera)

ARBENIN. - (Sonriendo) No comenzó tan mal...

¡Muéstremela! La pulsera es bastante delicada, y creo que yo la he visto alguna vez. Espere un poco pero no, no puede ser... He olvidado...

PRÍNCIPE. - ¿Dónde la volveré a encontrar?...

ARBENIN. - Arréglese con cualquiera; hay muchas bellas, no cuesta mucho encontrar...

PRÍNCIPE. - Pero si no es ella...

ARBENIN. - Tal vez sea muy fácil. Acaso es una desgracia... Imagínese...

PRÍNCIPE. - No, yo la escucho desde el fondo del mar; la pulsera me ha de ayudar.

ARBENIN. - ¿Qué le parece si damos unas vueltas? Si ella no es del todo tonta, hace rato que se habrá ido sin dejar huella.

ESCENA III

SALE EUGENIO ARBENIN Y UN LACAYO

ARBENIN. - Pues bien, la velada ha terminado...

¡Qué contento estoy! Ya es tiempo de olvidarme un poco, aunque en mi mente aún se agita toda esa multitud pintoresca..., ese baile de máscaras. ¿Pero para qué estuve? ¿No es acaso algo ridículo? A un amante le he dado consejos, hice adivinanzas, comparé pulseras y he soñado por otros, como hacen los poetas. ¡Dios mío, ese papel ya no está de acuerdo con mis años. (Se acerca el lacayo) ¿Ha vuelto la señora?

LACAYO. - No, señor.

ARBENIN. - ¿Cuándo regresará?

LACAYO. - Prometió volver a las doce de la noche, señor.

ARBENIN. - Ya son cerca de las dos de la mañana y aún no ha regresado. ¿No se habrá quedado a dormir en algún lado?

LACAYO. - No sé, señor.

ARBENIN. - Por lo visto. Puedes irte. Coloca una vela sobre la mesa. Si me haces falta, te llamaré.

(El lacayo sale, y Arbenin se sienta en un sillón).

ARBENIN. - (Solo) ¡Dios es siempre justo! Y yo también estoy destinado a cargar con mi tristeza por todos los pecados de mis tiempos idos. Hubo veces en que esposas ajenas me estuvieron esperando, y ahora soy yo quien espero a mi esposa... En un círculo de adorables mujercitas infieles he perdido en vano y tontamente mi juventud; fui amado con frecuencia, con ardor y apasionadamente, y, sin embargo, a ninguna de ellas la he querido de verdad. Al comenzar la novela ya sabía cómo debía terminar; y para muchas tenía palabras de amor para sus corazones, como cuentos tienen las nodrizas... La vida se me ha hecho penosa y aburrida.

Alguien me dio un consejo muy astuto: «cásate»..., para tener el derecho sagrado de no amar a nadie más que a tu mujer, y he encontrado una esposa, humilde creación humana; era delicada y espléndida como un cordero del Señor y la llevé conmigo hacia el altar... De pronto se ha despertado en mí aquel olvidado sabor y mirando en mi alma muerta he visto que la amo y vergüenza me da - ¡qué horror!-, nuevamente los sueños, nuevamente el amor se agita en mi pecho vacío y como un trompo quebrado, de nuevo he sido arrojado al mar sin saber si volveré a la costa... (Queda pensativo).

ARBENIN Y NINA

(Nina entra de puntillas y desde atrás lo besa en la frente).

ARBENIN. - ¡Oh, salud, Nina!... ¡Por fin! Ya era hora.

NINA. - ¿Acaso es tan tarde?

ARBENIN. - Hace una hora que te estoy esperando.

NINA. - ¿En serio? ¡Ay, qué agradable!

ARBENIN. - Qué pensará el tonto. Él espera y...

NINA. - ¡Ay, mi Creador!... ¡Siempre estás de mal humor! Miras amenazante y nada te satisface; me extrañas cuando estoy lejos y cuando nos encontramos, rezongas. Mejor dime sencillamente: «Nina, abandona el mundo, yo voy a vivir contigo y sólo para ti. ¿Para qué te hace falta otro hombre? Algún *pitucode boulevard*, vacío y sin alma, entallado en un *corset* que contigo se encuentra desde la mañana hasta la noche y yo sólo puedo decirte algunas palabras en todo el día?» Dime todo esto, estoy dispuesta a escucharte. Estoy dispuesta a enterrar mi juventud en una aldea, dejar los bailes, las fiestas y las modas y esta libertad aburrida. Dímelo sencillamente como a un amigo... Pero para qué hacer fantasías. Supongamos que me amas, pero creo que no me celas a nadie.

ARBENIN. - (Sonriendo) ¿Qué hacer? Estoy acostumbrado a vivir sin preocupaciones y tener celos es ridículo...

NINA. - Desde luego.

ARBENIN. - ¿Estás enfadada?

NINA. - No, te lo agradezco.

ARBENIN. - Te has puesto triste.

NINA. - Yo sólo digo que tú no me amas.

ARBENIN. - ¡Nina!

NINA. - ¿Qué hay?

ARBENIN. - Escucha. El destino nos ha unido para siempre... Ni tú ni yo podemos juzgar si es un error tal vez. (Atrayéndola, trata de sentarla sobre sus rodillas y besarla). Eres joven de alma y de cuerpo. En el enorme libro de la vida, tú has leído únicamente la portada, y ante ti se descubre un mar de felicidad y de maldad. Marchas por cualquier camino con esperanzas y sueños. Más adelante todo te espera. El pasado de tu vida es una página blanca. Sin conocer tu corazón ni el mío te has entregado y me amas; yo te creo. Pero amas jugando ligeramente con los sentimientos y haciendo travesuras como una niña. Yo amo de otra manera; yo he visto todo, he adivinado todo y todo he comprendido y conocido. He amado con frecuencia, más a menudo he odiado y más que nada he sufrido. Al principio todo lo he deseado, luego lo he despreciado; a veces yo mismo no me he comprendido y otras veces el mundo a mí.

En mi vida he visto las huellas de la maldición y fríamente he cerrado el camino para mi felicidad sobre la tierra... Así pasaron muchos años.

Aquellos días envenenados de inquietudes de mi viciosa juventud, ¡con qué repugnancia profunda los recuerdo recostado ahora sobre tu pecho! Antes, desgraciadamente, no conocía el valor que representabas tú para mí. Pero por suerte, esa corteza ruda pronto fue cayendo de mi alma, y nuevamente se descubrió ante mis ojos el mundo, y por cierto, espléndido; y he renacido para la vida y para el bien. Pero sabes, nuevamente a veces no sé qué espíritu maligno me atrae a la tempestad de los días pasados y borra en mi recuerdo tu mirada clara y tu milagrosa voz. En la lucha conmigo mismo, bajo el peso de penosos pensamientos, me vuelvo callado, severo y sombrío; a veces temo mancharte con mis manos; temo que te asuste un quejido, el sonido de un tormento, y es entonces me dices que no te amo.

NINA. - (Mirándolo cariñosamente le acaricia la cabeza). Eres un hombre raro. Cuando me hablas con tanta elocuencia de tu amor, y tu cabeza arde y tus ideas brillan en los ojos, entonces yo creo fácilmente en todo; pero a veces... con frecuencia...

ARBENIN. - ¿Con frecuencia?...

NINA. - No, a veces...

ARBENIN. - Yo tengo el corazón demasiado viejo y tú eres demasiado joven, pero podríamos sentir igual.

Recuerdo que a tu edad yo creía en todo sin discusión.

NINA. - Nuevamente estás insatisfecho... ¡Dios mío!

ARBENIN. - ¡Oh, no! Yo soy feliz, feliz... Yo soy un calumniador cruel y enloquecido, alejado de la multitud mala y envidiosa. Yo soy feliz... Yo estoy contigo. Dejemos el pasado. Olvidemos los recuerdos negros y penosos. Yo veo que el Creador te ha bendecido y te ha enviado para mí. (Le besa las manos y de pronto advierte que le falta una pulsera; se detiene bruscamente y palidece).

NINA. - Has palidecido, tiembles... ¡Oh, Dios mío!

ARBENIN. - (Poniéndose bruscamente de pie)

¿Yo? ¡No es nada! ¿Dónde está la otra pulsera?

NINA. - Se ha perdido.

ARBENIN. - ¡Ah! ¿Con que se ha perdido?

NINA. - ¿Qué tiene? No es una gran desgracia. No ha de costar más de veinticinco rublos, desde luego...

ARBENIN. - (Consigo mismo) Perdido... ¿Por qué estoy tan turbado? ¿Qué sospecha tan extraña me asalta?

¡Oh! ¿Aquello fue un sueño y recién he despertado?

NINA. - Yo realmente no te puedo comprender.

ARBENIN. - (Con los brazos cruzados, la mira fijamente). ¿La pulsera se ha perdido?

NINA. - (Ofendida). ¡No, yo miento!

ARBENIN. - (Consigo mismo) ¡Pero qué parecida, qué parecida!

NINA. - Seguramente se me ha caído en la carroza.

Habría que ordenar que la revisen. Yo no me la hubiera puesto si hubiera imaginado que podrías...

(Entra el lacayo, respondiendo al llamado de Arbenin).

ARBENIN. - (Al lacayo) Revisa la carroza de arriba a abajo; se ha perdido una pulsera... ¡Dios te libre volver sin ella! (A ella) Se trata de mi honor y de mi felicidad.

(El lacayo sale. Después de una pausa, dirigiéndose a ella) ¿Y si no encuentran allí la pulsera?

NINA. - Quiere decir, entonces, que la he perdido en otro lado.

ARBENIN. - ¿En otro lado? ¿Y dónde? ¿Tú sabes?

NINA. - Es la primera vez que lo veo tan avaro y tan severo; y para calmarlo rápidamente mañana mismo encargaré una pulsera nueva. (Entra el lacayo).

ARBENIN. - ¿Qué tal?... Habla, rápido...

LACAYO. - He revuelto toda la carroza...

ARBENIN. - ¿Y no la has encontrado?

LACAYO. - No, señor.

ARBENIN. - Ya sabía... Puedes irte. (Mirando significativamente a la mujer).

LACAYO. - Seguramente la ha perdido en el baile de máscaras.

ARBENIN. - ¡Ah! Con que estuvo en el baile de máscaras... (Al lacayo) Puedes irte. (A ella) ¿Qué le costaba a usted decirme eso antes? Estoy seguro que me hubiera permitido el honor de acompañarla y traerla de nuevo a casa. Yo no la hubiera importunado con mi vigilancia severa ni con mi ternura y mi cuidado... ¿Con quién estuvo?

NINA. - Pregunte usted a la gente y ellos le dirán toda la verdad y aún agregarán algo. Le explicarán punto por punto quién estuvo y con quién he hablado y a quién le he regalado la pulsera de recuerdo. Se enterará mil veces mejor que si usted mismo hubiera estado en el baile de máscaras. (Riendo) ¡Qué gracioso! ¡Qué gracioso, Dios mío! ¿No le da vergüenza?; si es un pecado hacer tanto ruido por una bagatela.

ARBENIN. - Ruega a Dios que esa risa no sea la última.

NINA. - ¡Oh! Si su fantasía continúa, seguramente no será la última.

ARBENIN. - ¿Quién sabe? Tal vez... ¡Escucha, Nina!... Yo estoy ridículo, naturalmente, porque te amo tanto, infinitamente, como sólo puede amar un hombre.

¿Y no hay en todo esto nada de asombroso? Otros en el mundo tienen un millón de esperanzas; algunos tienen riquezas en objetos y otros viven entregados a la ciencia; algunos viven logrando un ascenso, un puesto, una cruz o la gloria; otros aman la sociedad, las diversiones; otros, los viajes, y a los terceros el juego les calienta la sangre...

Yo he viajado, he jugado, fui trivial y he trabajado, tuve amigos y desgraciados amores; no busqué puestos ni he logrado gloria; soy rico sin tener un centavo; acosado por el hastío, he visto en todas partes el mal y, orgulloso, jamás me he doblegado ante él. Tú eres todo lo que tengo en mi vida, un ser débil, pero un ángel de belleza. Tu amor, tu sonrisa, tu mirada y tu aliento... Yo soy un hombre y mientras vivo, todo eso será mío; sin ello no existe para mí la felicidad, ni los sentimientos, ni me hace falta la existencia. Pero si he sido engañado... si he sido engañado... si sobre mi pecho una vil víbora encontró amparo durante tantos días... y si he descubierto la verdad y por el cariño que te tengo no la he visto antes y he sido burlado por otro..., escucha, Nina... Yo he nacido con un alma ardiente, hecho de lava volcánica; mientras no se enciende es dura como la piedra fría... Pero mala suerte si chocan contra mi corriente. Entonces,

entonces no esperes mi perdón; no llamaré a las leyes para cumplir mi venganza. ¡Solo, sin lágrimas, y sin piedad destrozaré nuestras dos vidas!

(Quiere tomarla de la mano, pero ella retrocede).

NINA. - ¡No te acerques!... ¡Oh, qué horrible estás!

ARBENIN. - ¿En serio estoy horrible? No; bromeas. ¡Estoy ridículo! ¡Ríanse, ríanse ustedes, ya que después de haber conseguido vuestro fin palidecen y están temblando. ¡Rápido! ¿Dónde está él, el apasionado amante, juguete de ese baile de máscaras? Que venga a entretenerse. Usted me ha dado a probar casi todos los tormentos del infierno y eso es lo único que falta.

NINA. - ¡Conque ésa es vuestra sospecha! Y la culpable de todo eso es la pulsera. Créame usted que su conducta motivará no sólo mi risa, sino también la de todos mis amigos.

ARBENIN. - ¡Sí! Reíd, imbéciles, maridos desgraciados, que yo también los he engañado algún día, mientras ustedes vivían como santos, sin saber nada, en el paraíso. Pero tú, mi paraíso celestial y terrenal, adiós... adiós, yo ya sé todo. (Dirigiéndose a ella) ¡No te acerques a mí, hiena! Creía yo, muy tonto, que tú, conmovida, tristemente, confesarías todo, poniéndote de rodillas; entonces yo me hubiera ablandado al ver aunque sea sólo una lágrima... una... ; pero no, la risa fue tu única respuesta.

NINA. - No sé quién me ha calumniado. Yo te perdono, yo no soy culpable en nada. Me das lástima, aunque no puedo ayudarte, pero para que te consueles, desde luego, no puedo mentir.

ARBENIN. - ¡Oh, cállate, te pido!... ¡Basta!...

NINA. - Pero escucha... Soy inocente... Que Dios me castigue, escucha...

ARBENIN. - Sé de memoria todo lo que tú me puedes decir.

NINA. - Me duele escuchar tus reproches... Yo te amo, Eugenio.

ARBENIN. - Entonces, confiesa al fin...

NINA. - ¡Escucha, por favor! ¡Oh, Dios mío!, ¿qué quieres de mí?

ARBENIN. - ¡Venganza!

NINA. - ¿Pero a quién quieres vengar?

ARBENIN. - La hora llegará y estoy seguro de encontrarlo.

NINA. - ¿Es para mí la amenaza?... Y entonces,
¿por qué tardas?

ARBENIN. - El heroísmo no te queda bien.

NINA. - (Disgustada) ¿A quién?

ARBENIN. - ¿Usted por quién teme?

NINA. - ¿Será posible que continúes todavía en ese estado? ¡Oh, deja! Con esos celos terminarás por matarme... Yo no sé pedir y tú eres implacable... Pero esta vez también yo te perdono.

ARBENIN. - Está de más.

NINA. - Sin embargo, hay un Dios... Y él no perdonará.

ARBENIN. - ¡Qué lástima! (Ella se va llorando)..

(Solo) ¡Qué mujer!... Ya hace mucho que a ustedes las conozco. Y a vuestras caricias y vuestros reproches.

¡Muy caro me ha costado esta lección! ¿Y por qué será que ella me quiere? ¿Acaso porque tengo un aspecto y una voz terrible? (Se acerca a la puerta de la habitación de su esposa y escucha) ¿Qué hace ella? Tal vez está riendo... No, llora... (Apartándose) Lástima que ya es tarde...

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

(La baronesa está sentada en un sillón, y algo fatigada abandona el libro que está leyendo).

BARONESA. - ¿Para qué será la vida? ¡Para satisfacer siempre deseos ajenos, costumbres ajenas y vivir esclavizada! Jorge Sand casi tiene razón. ¿Qué es la mujer ahora? Un ser sin voluntad, un juego de pasiones o un capricho de los demás. Teniendo juicio vive sin defensa en la sociedad, ocultando siempre el ardor de sus sentimientos o bien sofocándolos en plena flor.

¿Qué es la mujer? Vende su juventud según ciertas conveniencias y como a víctima de un sacrificio la preparan. La obligan a querer a un hombre solamente, prohibiéndole todo otro afecto. En su pecho se agita a veces la pasión, y el temor y la razón alejan los nuevos pensamientos; y si alguna vez, olvidando la fuerza de la sociedad, deja caer su honor entregándose con toda el alma a sus sentimientos, entonces deberá olvidar la tranquilidad y la felicidad. El mundo es así; no quiere conocer los secretos; juzga por el aspecto y por el vestido a la honradez y al vicio y jamás ofenderá a la decencia y es muy cruel en sus castigos... (Intentando leer) No, no puedo leer..., estoy turbada por todos estos pensamientos y temo... Y al recordar lo sucedido, yo misma me asombro. (Entra Nina).

NINA. - Paseando en una *troika*, tuve la idea de venir a verte, *mon amour*.

BARONESA. - *C'est une idée charmante, vous en avez toujours.* (Sentándose)

Me parece que estás más pálida que antes. Hoy, sin embargo, a pesar del viento y del frío, tienes los ojos colorados. ¿Me imagino que no es de haber llorado?

NINA. - He pasado mala noche y no me siento bien.

BARONESA. - Si tu médico es malo, elige otro.

(Entra el príncipe Zviedich).

BARONESA. - (Fríamente) ¡Oh, príncipe!

PRÍNCIPE. - Estuve ayer en su casa para comunicarle que nuestro *picnic* se ha postergado.

BARONESA. - Le ruego que se siente, príncipe.

PRÍNCIPE. - Acabo de discutir asegurando que la noticia iba a disgustarle, pero veo que usted la ha tomado con calma...

BARONESA. - Realmente me da lástima.

PRÍNCIPE. - Yo estoy muy contento. Yo daría veinte *picnics* por un solo baile de máscaras.

NINA. - ¿Usted estuvo ayer en el baile de máscaras?

PRÍNCIPE. - Estuve.

BARONESA. - ¿Con qué disfraz?

NINA. - ¿Había muchas máscaras?...

PRÍNCIPE. - Sí. Bajo el antifaz he reconocido allí a muchas damas nuestras. Naturalmente, ustedes hubieran querido conocer sus nombres. (Riendo).

BARONESA. - (Apasionadamente) Yo debo declararle, príncipe, que estas calumnias me resultan completamente ridículas. ¿Cómo puede admitir que una mujer honesta se atreva a ir entre esa gente, donde cualquiera puede ofenderla y atreverse... y arriesgar a ser reconocida... ¡Oh, usted debe avergonzarse y renunciar a sus palabras!

PRÍNCIPE. - Renunciar no puedo, pero estoy dispuesto a avergonzarme.

(Entra un funcionario).

BARONESA. - ¿De dónde viene?

FUNCIONARIO. - Vengo de la administración y quería conversar sobre sus asuntos.

BARONESA. - ¿Han resuelto algo?

FUNCIONARIO. - No, pero pronto se resolverá...

¿Tal vez molesto?...

BARONESA. - De ninguna manera. (Apartándose con él, sigue conversando).

PRÍNCIPE. - (Consigo mismo). Buen tiempo ha elegido para venir con explicaciones. (Dirigiéndose a Nina) Yo la he visto hoy en un negocio.

NINA. - ¿En cuál?

PRÍNCIPE. - En la tienda inglesa.

NINA. - ¿Hace mucho?

PRÍNCIPE. - Recién.

NINA. - Es extraño que yo no lo haya reconocido.

PRÍNCIPE. - Usted estaba muy ocupada.

NINA. - (Animadamente) Elegía una pulsera igual a una que tuve. (Sacándola de la cartera) Es ésta...

PRÍNCIPE. - La pulserita es preciosa, ¿y la otra dónde está?

PRÍNCIPE. - La he perdido.

PRÍNCIPE. - ¿De veras?

NINA. - ¿Qué tiene de raro?

PRÍNCIPE. - ¿Si no es un secreto, puedo saber cuándo ha sido?

NINA. - Hace tres días, tal vez ayer o la semana pasada. ¿Para qué quiere saber cuándo ha sido?

PRÍNCIPE. - Tengo una idea un poco rara tal vez... (Aparte) Está algo turbada y mi pregunta la inquieta. ¡Oh, estas mujeres candorosas! (Dirigiéndose a ella) Quería ofrecerle mis servicios... Tal vez podríamos encontrar la otra pulsera.

NINA. - Cómo no... ¿Pero dónde?

PRÍNCIPE. - ¿Dónde la ha perdido?

NINA. - No recuerdo.

PRÍNCIPE. - ¿Seguramente en algún baile?

NINA. - Puede ser.

PRÍNCIPE. - ¿O tal vez la ha regalado a alguien de recuerdo?

NINA. - ¿De dónde ha sacado semejante conclusión? ¿A quién podría regalarla? ¿A mi marido, por ejemplo?

PRÍNCIPE. - ¡Como si en el mundo sólo existiera su marido! Tiene usted muchas amigas, no cabe la menor duda. Imaginémos que está perdida, pero aquel que la ha encontrado, ¿recibirá de usted en pago algún agradecimiento?

NINA. - (Sonriendo) Depende...

PRÍNCIPE. - ¿Pero si él la ama, si él por haber encontrado su sueño perdido, por una sonrisa suya daría todo un mundo? ¿Si usted alguna vez le ha sugerido placeres futuros, si usted ocultándose detrás de un antifaz, con palabras amorosas lo ha acariciado...?

¡Oh!... ¡Compréndame!...

NINA. - De todo esto he comprendido una sola cosa: que usted se ha olvidado por primera y última vez de hablar conmigo con el respeto necesario.

PRÍNCIPE. - ¡Oh, Dios mío! Yo he creído... ¿Será posible que usted se haya enfadado? (Aparte) Se ha escapado muy bien... pero llegará la hora y yo lograré mi propósito. (Nina se aleja en dirección a la Baronesa).

(El funcionario saluda y se va).

NINA. - *Adieu, ma chère*; hasta mañana, debo irme.

BARONESA. - Espera un poco, *mon ange*; no tuve tiempo de conversar contigo ni dos palabras. (Se besan).

NINA. - (Saliendo) Te espero desde la mañana.

(Sale).

BARONESA. - El día me parecerá largo como una semana. (Todos, menos Nina y el funcionario).

PRÍNCIPE. - (Aparte) Ya me vengaré. Vean a la mosquita muerta. Quizá soy un imbécil y seguramente renegará de lo pasado. Pero yo he reconocido la pulsera.

BARONESA. - ¿Se ha quedado pensativo, príncipe?

PRÍNCIPE. - Sí, tendré que pensarlo mucho.

BARONESA. - Por lo visto vuestra conversación fue muy animada. ¿Sobre qué era la discusión?

PRÍNCIPE. - Yo afirmaba que encontré en el baile de máscaras...

BARONESA. - ¿A quién?

PRÍNCIPE. - A ella.

BARONESA. - ¿Cómo, a Nina?

PRÍNCIPE. - Sí, se lo he demostrado.

BARONESA. - Yo veo que usted está dispuesto a avergonzar a la gente.

PRÍNCIPE. - A veces, por lo extraño, no me decido.

BARONESA. - Tenga piedad por lo menos a la distancia. Además, no tiene pruebas.

PRÍNCIPE. - ¿No tengo? Ayer mismo me entregaron una pulsera y hoy veo otra igual en sus manos.

BARONESA. - ¡Qué testimonio!... ¡Qué lógica respuesta! Si pulseras como éstas hay en cada joyería.

PRÍNCIPE. - Hoy he recorrido todas y me he convencido que no hay más que dos iguales. (Breve pausa).

BARONESA. - Mañana le daré un consejo útil a Nina: «Jamás debes confesarte a un charlatán».

PRÍNCIPE. - ¿Y el consejo para mí?

BARONESA. - ¿Para usted? Continuar con audacia el éxito obtenido y guardar con más celo el honor de las damas.

PRÍNCIPE. - Por esos dos consejos le agradezco doblemente. (Sale).

BARONESA. - (Sola) Cómo se puede jugar con tanta fragilidad con el honor de la mujer. Si yo me confesara, a mí me pasaría lo mismo. Así es que adiós, príncipe. No seré yo la que lo sacaré de esa confusión.

¡Oh, no, Dios me libre! Lo único que me extraña es que yo haya encontrado su pulsera. ¡Bien! Nina estuvo allí, he aquí la adivinanza descifrada... No sé por qué, pero yo lo amo; tal vez de aburrimiento, de despecho, de celos... sufro y ardo y no encuentro en nada mi consuelo. Me parece aún oír la risa de la multitud vacía y el rumor de palabras perversas y compasivas. No, yo me salvaré... aunque sea a costa de la otra. Yo me salvaré de esta vergüenza... aunque sea a precio del tormento de tener que renegar de nuevo de mis actos... (queda pensativa) ¡Qué cadena de terribles intrigas! (Entra Shpriij. Saludando, se acerca).

BARONESA. - ¡Ah, Shpriij! Tú llegas siempre a tiempo.

SHPRIJ. - ¡Qué suerte! Yo estaría muy contento de poder serle útil. Vuestro difunto marido...

BARONESA. - ¿Siempre eres tan amable?

SHPRIJ. - A su sagrado recuerdo, el barón...

BARONESA. - Hace cinco años, yo recuerdo.

SHPRIJ. - Le presté mil...

BARONESA. - Ya sé. Te daré hoy mismo el interés de los cinco años.

SHPRIJ. - Yo no tengo apuro de dinero. No faltaba más; se lo he recordado por casualidad.

BARONESA. - Dime, ¿qué novedades hay?

SHPRIJ. - En la casa de un conde he escuchado una serie de historias... De allí vengo.

BARONESA. - ¿Y no sabe nada del príncipe Zvezdich y de Arbenin?

SHPRIJ. - (Asombrado) No..., no he oído nada...

De eso han hablado algo y ya no dicen nada... (Aparte) No me acuerdo de qué se trata.

BARONESA. - Si es ya del dominio público, no hay por qué comentarlo.

SHPRIJ. - Yo quisiera saber cuál es su opinión. .

BARONESA. - Ya han sido juzgados por la sociedad. Por otra parte, yo les podría regalar algún consejo; a él le diría que las mujeres valoran la tenacidad de los hombres, ellas quieren ser heroínas logradas por encima de millares de obstáculos. Y a ella le aconsejaría ser menos severa y más modesta... Adiós, señor Shprij, mi hermana me espera a almorzar; si no, me quedaría conversando a gusto con usted. (Alejándose) Estoy salvada. Ha sido una buena lección.

SHPRIJ. - (Solo) No se preocupe, yo he comprendido su insinuación. No he de esperar que me la repita. ¡Qué rapidez de inteligencia y de imaginación!

Aquí hay una intriga... ¡Oh, sí! Yo me meto en este lío; el príncipe me quedará agradecido y le serviré de agente...

Luego vendré aquí con nuevos datos y quizá entonces reciba los intereses de los cinco años.

ESCENA II

EL GABINETE DE ARBENIN

(Arbenin solo; luego el lacayo).

ARBENIN. - Es evidente que son celos, pero no encuentro las pruebas. Temo caer en un error, pero no tengo fuerza para soportarlo. Dejar las cosas como están y olvidar aquel delirio... Semejante vida es peor que la muerte. He visto a gente con alma fría que duerme tranquilamente durante la tempestad. ¡Cómo la envidio!

LACAYO. - (Entrando) Abajo está esperando un señor que ha traído una cartita para la señora, de parte de la condesa.

ARBENIN. - ¿De quién?

LACAYO. - No he comprendido.

ARBENIN. - ¿Una cartita para Nina? (Sale. El lacayo queda).

AFANASIO PAVLOVICH KAZARIN Y EL LACAYO

LACAYO. - Recién acaba de salir el señor; espérelo un poco.

KAZARIN. - Bueno. Está bien.

LACAYO. - Se lo voy a comunicar. (Sale).

KAZARIN. - Estoy dispuesto a esperar un año, o cuanto quiera; señor Arbenin; yo esperaré. Mis asuntos valen más y estoy muy triste. Necesito un camarada muy hábil. No sería malo que él, a menudo tan generoso, que tiene más de tres mil siervos, techo y escudo, me ayude en esta ocasión. Habría que atraer nuevamente a Arbenin al juego. Será fiel a su pasado, sabrá defender a sus amigos y no se avergonzará ante los hijos. Para esta juventud hace falta sencillamente un puñal. Por más que le hables y te empeñes, no conocen ni la envidia, ni saben detenerse a tiempo, ni a tiempo demostrar su honradez. Mirad no más cuántos viejos llegaron a puestos importantes sólo con el juego. Desde el barro se vincularon con la sociedad y adelantaron; ¿y todo eso por qué es? Siempre sabían conservar la decencia, defender sus leyes, cumplir sus reglamentos, y vedlos con honores y millones...

KAZARIN Y SHPRIJ

SHPRIJ. - ¡Oh, Afanasio Pavlovich! ¡Qué milagro!

¡Qué contento estoy de verlo! No pensaba encontrarlo aquí.

KAZARIN. - ¡Y yo también! ¿Está de visita?

SHPRIJ. - Sí. ¿Y usted?

KAZARIN. - Como siempre.

SHPRIJ. - No está mal que nos encontráramos; tengo un asunto que resolver con usted.

KAZARIN. - Tú solías tener muchos asuntos, pero jamás te he visto ocupado en uno solo.

SHPRIJ. - (Aparte) Los buenos modos para ustedes están de más. Sin embargo, me hace falta...

KAZARIN. - Yo también debo hablarte sobre algo muy importante para mí.

SHPRIJ. - Pues bien, nos ayudaremos mutuamente.

KAZARIN. - ¿De qué se trata?... Habla.

SHPRIJ. - Permítame preguntarle sólo una cosa: he oído que su amigo Arbenin... (Haciendo un gesto aludiendo a que su amigo es un cornudo).

KAZARIN. - ¿Cómo?... ¡No puede ser! ¿Estás seguro?...

SHPRIJ. - Dios lo sabe. Hace cinco minutos que yo mismo he intercedido. ¿Quién ha de saber sino yo?

KAZARIN. - El demonio está siempre en todas partes.

SHPRIJ. - Ya ve; la esposa..., no recuerdo bien si fue en la misa. o en un baile de máscaras se encontró con un príncipe; ella le pareció bastante linda y muy pronto el príncipe fue dichoso y querido; de pronto la hermosa renegó de sus actitudes de la víspera y el príncipe, enfurecido, fue a contarlo en todas partes, sin tener en cuenta que podía pasar una desgracia. A mí me pidieron que arreglara ese asunto... Y comenzando, todo viene a punto bien maduro. El príncipe prometió callar y vuestro seguro servidor escribió una carta que inmediatamente se entregó a la dirección necesaria.

KAZARIN. - Ten cuidado, no te arranque las orejas.

SHPRIJ. - He estado en líos aún peores y he salido sin batirme en duelo.

KAZARIN. - ¿Y no has sido jamás herido?

SHPRIJ. - Para usted todas son bromas, risas... Yo siempre digo que no debe arriesgarse la vida sin objeto.

KAZARIN. - Desde luego, una vida así, por nadie apreciada, es un gran pecado arriesgarla sin utilidad.

SHPRIJ. - Dejemos esto a un lado; pues yo quería hablar con usted de algo muy importante.

KAZARIN. - ¿De qué se trata?

SHPRIJ. - Parece una anécdota, pero el asunto es el siguiente...

KAZARIN. - Habrá que aplazar todos los asuntos, pues me parece que se acerca Arbenin.

SHPRIJ. - No hay nadie todavía. Hace poco me han traído de parte del conde Vrut cinco perros de raza.

KAZARIN. - Por Dios, que tu anécdota es entretenida.

SHPRIJ. - Su hermano es cazador y podía hacer una buena compra...

KAZARIN. - Entonces Arbenin ha quedado burlado...

SHPRIJ. - Escúcheme...

KAZARIN. - Cayó en una trampa y fue evidentemente engañado. Después de esto, como para casarse...

SHPRIJ. - Su hermano quedaría encantado con esa compra.

KAZARIN. - La fidelidad y el casamiento son cosas incompatibles. No te vayas a casar, Shprij.

SHPRIJ. - Hace tiempo que estoy casado.

Escúcheme, una de las cosas es importante.

KAZARIN. - ¿La esposa?

SHPRIJ. - No, el perro.

KAZARIN. - (Aparte) ¡Cómo lo tienen los perros!

Escúcheme, mi querido amigo. No sé cuál será la esposa que Dios me dará, pero creo que tú no venderás fácilmente esos perros.

(Arbenin entra con una carta en la mano, sin notar a Kazarin ni a Shprij).

SHPRIJ. - Está pensativo leyendo esa carta; sería interesante saber si...

ARBENIN. - (Habla solo sin notarlos) ¡Qué gratitud! No hace mucho que he salvado su honor y su futuro casi sin conocerlo y he aquí que, como una víbora, comete esta bajeza jamás vista... Jugando como un ladrón entró a mi casa, cubriéndome de vergüenza y deshonor... Y yo, sin poder creer a mis propios ojos, olvidando la amarga experiencia de tantos años, como un niño que no conociera la gente, no me atrevía a sospechar de semejante crimen. He creído que toda la culpa era de ella... Pero no sabe él quién es esta mujer...

Como un extraño sueño lo obligaré a olvidar esta aventura nocturna. Él no pudo olvidarla y ha empezado a buscar hasta encontrarla sin poder detenerse... ¡Qué gratitud!... He visto mucho en el mundo y sigo asombrándome. (Leyendo en voz alta la carta). «¡La he encontrado! Pero no ha querido usted reconocer... Su candor fue muy al caso. Tiene usted razón... ¡Qué puede ser más terrible que el ruego! Podrían habernos escuchado por casualidad. Entonces no es el desprecio ni el horror lo que he leído en vuestra ardiente mirada; usted quiere que se conserve el secreto y así seguirá siéndolo. Pero antes que renunciar a usted me dejaré matar».

SHPRIJ. - ¡La carta! Eso mismo...; se ha perdido todo.

ARBENIN. - Conque es un conquistador realmente hábil. Tengo deseos de contestarle con un duelo. (Notando a Kazarin)

¿Y tú estabas aquí?

KAZARIN. - Estoy esperando hace una hora.

SHPRIJ. - (Aparte) Iré a la casa de la baronesa; que se preocupe ella y haga lo que quiera. (Saliendo sin ser notado).

KAZARIN. - Estoy con Shprij... ¿Dónde está?

(Mirando a su alrededor) Ha desaparecido. ¡Es la carta!

Ahora comprendo todo. (A Arbenin) Estabas preocupado

ARBENIN. - Sí, estaba pensativo.

KAZARIN. - Sobre la fragilidad de las esperanzas y el bienestar terrenal...

ARBENIN. - Más o menos... Pensaba en la gratitud.

KAZARIN. - Sobre este asunto hay opiniones diferentes. Pero por más que haya diferencia de opinión, el tema es digno de reflexión.

ARBENIN. - ¿Y cuál es tu opinión?

KAZARIN. - Yo creo, amigo, que la gratitud es una cosa que depende del valor del servicio prestado y que muchas veces o casi siempre el bien está en nuestras manos. Por ejemplo, he aquí que ayer de nuevo Slukin perdió casi cinco mil rublos y yo, por Dios, le estoy muy agradecido; y mientras bebo, como y duermo no hago más que pensar en él.

ARBENIN. - Kazarin, tú no haces más que bromas.

KAZARIN. - ¡Escúchame! Yo te quiero y vamos a hablar en serio. Pero hazme el favor, hermano, de dejar ese aspecto terrible, y yo abriré ante ti todos los secretos de la sabiduría humana. ¿Quieres escuchar mi opinión sobre la gratitud? Ten un poco de paciencia. Por más que expliquemos a Voltaire y Descartes, el mundo para mí es un juego de naipes y la vida el banquero; el azar un faro y yo aplico a la gente las reglas del juego. Por ejemplo, para explicarlas ahora me imagino que he jugado al As; lo he hecho por presentimiento, porque soy supersticioso para las cartas; supongamos que por casualidad y sin engaño, él haya ganado, yo estoy muy contento, pero no le puedo agradecer al As y seguiré apostándole hasta cansarme; y luego, en conclusión, quedará bajo la mesa una carta destrozada. Pero tú no me escuchas, mi querido.

ARBENIN. - (Pensativo) En todas partes reina el mal y el engaño. Y yo ayer, como un tonto, he escuchado en silencio cómo ha sucedido...

KAZARIN. - (Aparte) Sigue pensativo.

(Dirigiéndose a Arbenin) Ahora pasaremos a otro caso y lo analizaremos, pero poco a poco para no confundirlo.

Supongamos, por ejemplo, que tú quieras nuevamente abandonarte al juego o al libertinaje y tu amigo te dijese:

«¡Eh, cuidado, hermano!», y te diese otros sabios consejos; tú le escucharías y le desearías buenas noches y muchos años felices. Y si tratase de curarte de tu vicio por el vino, debes emborracharlo inmediatamente, y en cuanto a los naipes, ganarle inmediatamente una partida a cambio de sus consejos y si se salva en el juego debes ir al baile y enamorar a su mujer y si no te enamoras, por lo menos conquistarla para vengarte del marido, y en ambos casos tendrás razón, amigo; le darás por el consejo una lección.

ARBENIN. - Eres un notable moralista. Todos te conocen... Pero en cuanto al príncipe, le pagaré por la lección con mi honradez.

KAZARIN. - (Sin prestar atención a sus palabras) El último punto lo debo aclarar. Tú amas una mujer, por ejemplo; le das en sacrificio tu honor, tu riqueza, tu amistad y tu vida tal vez; la rodeas de honores y diversiones, pero, ¿por qué te debe estar ella agradecida?

Tú habrás hecho todo eso quizá no por pasión, sino en parte por amor propio; para poseerla, tú te sacrificas, pero no es por su felicidad. ¡Sí! Piénsalo fríamente y me dirás que todo en el mundo es convencional.

ARBENIN. - (Disgustado) Sí, sí, tienes razón; ¿qué es el amor para las mujeres? Ellas siempre necesitan nuevas victorias y tal vez ruegos, llanto y tormentos, y le parecerá ridículo este aspecto y esta voz implorante.

Tienes razón: es tonto aquel que cree, que sueña encontrar en una sola mujer el paraíso terrenal.

KAZARIN. - Tú piensas con mucha sensatez, aunque eres casado y feliz.

ARBENIN. - ¿En serio?

KAZARIN. - ¿No te parece?

ARBENIN. - Yo, feliz... sí...

KAZARIN. - Yo estoy contento, aunque lamento que estés casado.

ARBENIN. - ¿Por qué?

KAZARIN. - Así no más... Recuerdo nuestro pasado... cuando contigo bebíamos a cuenta de no recuerdo quién y éramos dos muchachos sin cabeza.

¡Qué tiempos aquéllos! A la mañana descansando con los recuerdos agradables de la víspera, luego el almuerzo, el vino, Raúl, el honor en copas talladas, brillantes y con espuma desbordante, conversaciones animadas de agudezas, luego el teatro..., el alma estremecida pensando cómo atraer a las bailarinas o a las actrices... ¿No es verdad que antes todo era mejor y más barato? La obra ha terminado y corremos apresurados a la casa de un amigo... entramos... el juego está en su apogeo; junto a los naipes, columnas de monedas de oro; unos arden y otros palidecen. Nos sentamos y comienza de nuevo una batalla y parece nuestra alma atravesada de pasiones y sensaciones incontenibles, y con frecuencia una idea gigante como un resorte levanta y enciende

nuestra mente... y si vences al enemigo con tu habilidad, te parecerá que el propio Napoleón es lastimoso y ridículo, pues creerás que tienes el destino humildemente a tus pies.

(Arbenin se aparta).

ARBENIN. - ¡Oh! ¡Quién me devolverá aquellas tempestuosas esperanzas, quién me devolviera aquellos días insoportables y ardientes! Por aquellos días yo daría mi dicha ignorada y la tranquilidad; pero no son para mí... ¿Acaso estoy hecho para ser marido o padre de familia? ¿Yo, a mí, que he probado todas las debilidades, los vicios y las perversidades y ante su rostro jamás he temblado? ¡Fuera de mí, ángel benefactor! Yo no te conozco. Yo he sido engañado y nuestra breve unión desde hoy queda rota, destrozada. Adiós, adiós... (Se deja caer sobre una silla y se cubre el rostro con las manos).

KAZARIN. - ¡Ahora me pertenece!

ESCENA III

LAS HABITACIONES DEL PRÍNCIPE. LA PUERTA QUE UNE LAS DOS HABITACIONES ESTÁ ABIERTA; ÉL SE HALLA ACOSTADO SOBRE UN SOFÁ
IVÁN Y LUEGO ARBENIN

(El lacayo Iván mira el reloj).

IVÁN. - Ya son más de las siete y me ha ordenado despertarlo cuando suenen las ocho. Como duerme a la rusa y no a la moda, tendré tiempo de ir hasta la cantina.

Cerraré la puerta con candado, es más seguro, pero... parece que sube alguien por la escalera; diré que no está en casa y rápidamente los haré marchar. (Entra Arbenin).

ARBENIN. - ¿Está el príncipe en casa?

LACAYO. - No está en casa, señor.

ARBENIN. - No es verdad.

LACAYO. - Hace cinco minutos que se acaba de ir.

ARBENIN. - (Escuchando) ¡Mientes! Está aquí.

(Señalando el escritorio del príncipe) Y está durmiendo, por lo visto, dulcemente; desde aquí se escucha su pausada respiración. (Aparte) Pero pronto dejarás de hacerlo.

LACAYO. - (Aparte) Qué oído tiene...

(Dirigiéndose a Arbenin) El príncipe me ha prohibido despertarlo.

ARBENIN. - Le gusta dormir... tanto mejor, ya dormirá para siempre en paz, en sueño eterno. (Al lacayo) Creo que ya le he dicho que deberé esperar hasta que se despierte. (El lacayo sale).

ARBENIN. - (Solo) Ha llegado el momento.

Ahora o nunca. Ahora pondré a prueba todo, sin trabajo y sin temor; demostraré a nuestra generación que por lo menos hay un espíritu que sabe responder con frutos cuando le cae la semilla de la ofensa y la humillación.

¡Oh! Yo no soy de ellos. Es tarde para mí. Gritando atraería al enemigo y ellos reirían..., pero ahora no podrán hacerlo, ¡oh, no! Yo no soy de éstos. No permitiré ni una hora más sobre mi cabeza esta vergüenza insoportable. (Acercándose a la puerta) Duerme. ¿Qué es lo que verá en sueños por última vez?

(Con sonrisa terrible) Yo creo que él morirá del golpe.

Ha dejado la cabeza colgando... Yo le ayudaré a la sangre... Y todo a cuenta de la naturaleza. (Entra en la habitación. Después de dos minutos sale con el rostro pálido) ¡No puedo! (Pausa) Sí, es más fuerte que mi voluntad. Yo me he traicionado, he temblado por primera vez en mi vida. ¿Hace mucho que soy un cobarde, acaso?... ¿Un cobarde?... ¿Quién lo ha dicho?...

Yo mismo, y eso es cierto... ¡Qué vergüenza! ¡Huye, avergüénzate, hombre despreciable! ¡A ti, como a los demás, nuestro siglo te ha aplastado! Por lo visto te vanagloriabas lastimosamente..., lastimosamente, por cierto, y te has cansado y te encuentras bajo el yugo de la civilización. No has sabido amar y has desviado la venganza. Has llegado y... y no puedes, y no has podido.

(Pausa. Se sienta) He querido abarcar mucho; debo elegir un camino seguro y el intento enciende profundamente mi corazón atormentado. ¡Así es, así es!

El vivirá, el asesinato ya no está de moda. A los asesinos los castigan en la plaza pública. Así es, he nacido en el seno de un pueblo instruido; el idioma y el oro son nuestro puñal y nuestro veneno!

(Tomando una hoja de papel y la pluma del tintero que está sobre la mesa, escribe; luego toma el sombrero y se dirige a la puerta, y en ese momento se enfrenta con una dama con un velo).

DAMA. - (Con velo) ¡Ay! ¡Todo ha fracasado!...

ARBENIN. - ¿Qué es esto?

DAMA. - (Arrancándose de sus brazos) ¡Déjeme pasar!

ARBENIN. - ¡No! ¡Este no es un grito fingido de una benefactora sobornada! (Dirigiéndose a ella)

¡Cállese! Ni una palabra, o si no en el instante... ¿Qué sospecha es ésta?... Levante ese velo mientras estamos solos.

DAMA. - Me he equivocado... He entrado aquí por un error.

ARBENIN. - Sí, se ha equivocado en la hora y el lugar.

DAMA. - ¡Por Dios, déjeme pasar! ¡Yo a usted no lo conozco!

ARBENIN. - Su turbación me extraña... Usted debe descubrirse. Levante el velo. Él está durmiendo y puede levantarse en cualquier momento. Yo lo sé todo...

Pero debo convencerme...

DAMA. - ¿Lo sabe todo?

(Levantando el velo de la dama, retrocede asombrado; luego vuelve en sí).

ARBENIN. - Agradezco al Creador, que me ha permitido hoy no equivocarme.

BARONESA. - ¡Oh! ¿Qué es lo que he hecho?

¡Ahora todo ha terminado!

ARBENIN. - La desesperación está fuera de lugar.

No es muy agradable, ni muy divertido, por cierto, en una hora como ésta, en vez de recibir abrazos apasionados, encontrarse con una mano fría. Un instante de temor no es todavía una gran desgracia. Yo soy modesto y sabré callar. Puede usted agradecer a Dios que soy yo precisamente y no otro; si no, la noticia correría por la ciudad como un reguero de pólvora.

BARONESA. - ¡Ah! ¡Él se ha despertado, habla!

ARBENIN. - Está hablando en sueños... Cállese, yo ya me voy. Pero explíqueme únicamente, ¿qué poder tiene Cupido que este hombre la ha embrujado y por él todas las mujeres se encienden de pasión? ¿Por qué no es él el que está desesperado a sus

pies rogándole con juramentos y con lágrimas? ¿Pero es usted, es usted misma, esa mujer espiritual, que ha olvidado la vergüenza y que ha venido a entregarse? Explíqueme qué poder tiene para que otra mujer, que en nada vale menos que usted, también está dispuesta entregar todo, la felicidad, la vida, el amor, por una sola mirada y una sola palabra. ¿Para qué?... ¡Oh, soy un imbécil!

(Enfurecido) ¿Para qué, para qué?...

BARONESA. - (Categórica) Ya comprendo de que me habla... Ya sé para qué ha venido...

ARBENIN. - ¡Cómo! ¿Quién le ha contado?

(Cambiando de tono) ¿Qué es lo que sabe?...

BARONESA. - ¡Oh! Yo le ruego que me perdone...

ARBENIN. - Yo no la he acusado. Por el contrario, me alegro por la felicidad de mi amigo.

BARONESA. - Estoy enceguecida por la pasión; yo soy culpable de todo, pero escúcheme...

ARBENIN. - ¿Por qué? A mí realmente me da lo mismo..., soy enemigo de la moral severa.

BARONESA. - Si no fuera por mí, no hubiera existido la carta, ni...

ARBENIN. - ¡Ah! ¡Esto es ya demasiado!... ¡La carta! ..., ¿Qué carta? ¡Ah! ¡Entonces es usted quien los ha juntado... y los ha aleccionado!... ¿Hace mucho que usted se empeña en ese nuevo papel? ¿Qué es lo que la ha empujado?... ¿Usted trae aquí sus inocentes víctimas o es que la juventud viene a usted? Sí, reconozco que usted es todo un tesoro, pero ya no me extraña el libertinaje de nuestras damas.

BARONESA. - ¡Oh, Dios mío!...

ARBENIN. - Le hablo sin halago... ¿Cuánto le pagan por sus servicios estos señores?

BARONESA. - (Cae sentada sobre un sillón) ¡Pero usted es inhumano!...

ARBENIN. - Sí, me he equivocado, soy culpable.

¡Usted lo hace por su honor! (Quiere salir).

BARONESA. - ¡Oh! ¡Voy a perder el juicio!...

Esperé... Se va, no quiere escucharme... ¡Oh... me muero!...

ARBENIN. - Y bien, continúe, eso la conducirá a la gloria... No me tenga miedo y despidámonos... Pero Dios me libre encontrarnos nuevamente... Usted me ha quitado todo, todo en el mundo; la he de perseguir siempre y en todas partes; en la calle o en su soledad y en la sociedad! Y si nos encontráramos... sería para ambos una desgracia... Yo la mataría... pero la muerte sería un premio que debo guardar para castigar a otra.

Usted ve que yo soy bueno; a cambio de los tormentos del infierno le dejo el paraíso de la tierra. (Sale).

LA BARONESA SOLA

BARONESA. - (Dirigiéndose a Arbenin, que sale) Escúcheme, le juro que fue un engaño... ella es inocente... y la pulsera... todo fue cosa mía... todo fue obra mía... ¡Se fue y no me oye! ¿Qué hacer? En todas partes la desesperación... ¡Debo decirle! Yo quiero salvarlo, cueste lo que cueste. Le rogaré, me humillaré, engañaré, hasta puedo llegar a fingir cualquier cosa... pero... él se ha levantado... viene... ¡Oh, qué tormento!

LA BARONESA Y EL PRÍNCIPE

PRÍNCIPE. - (Desde la otra habitación) ¡Iván!

¿Quién está allí?... He oído voces. ¡Qué gente! No se puede uno acostar a dormir ni por media hora.

(Aparece) ¡Ah! ¡Qué visita! Hermosa, me alegro mucho verla. (La reconoce y se echa atrás). ¡Ay, baronesa! ¡No, no puede ser, es increíble!...

BARONESA. - ¿Por qué ha retrocedido? (Con voz débil) ¿Está asombrado?

PRÍNCIPE. - (Algo turbado) Naturalmente, me es muy agradable... Pero esta felicidad no la esperaba.

BARONESA. - Y sería extraño que la esperase.

PRÍNCIPE. - ¿En qué he estado pensando? ¡Oh, si yo hubiera sabido!

BARONESA. - Usted hubiera podido saber todo y, sin embargo, no sabía nada.

PRÍNCIPE. - Estoy dispuesto a pagar mi culpa y recibiré todo castigo con humildad; estaba ciego y mudo; mi ignorancia, los hechos... y ahora no encuentro ni palabra...

(Tomándola de las manos) ¡Pero sus manos están heladas! ¡Su rostro revela sufrimiento! ¿Acaso duda de mis palabras?

BARONESA. - ¡Usted se equivoca! No he venido a pedir amor, ni rogar su reconocimiento; he decidido venir a verlo olvidando el temor y la vergüenza natural entre nosotros, para cumplir una obligación sagrada. Mi vida ha pasado y la que me espera es muy distinta. Pero fui motivo de una desgracia y habiendo decidido abandonar la sociedad para siempre, quería arreglar algunas cosas y para eso he venido. Estoy dispuesta a soportar mi vergüenza, y si yo no me he salvado, trataré de salvar a la otra.

PRÍNCIPE. - ¿Qué significa esto?

BARONESA. - No me interrumpa: me ha costado mucho esfuerzo decidirme a hablar de esta manera. Sólo usted, sin saberlo, fue causa de todos mis dolores. Sin embargo, yo debo salvarlo... ¿Por qué? No sé... Usted no merece todos estos sacrificios; usted no puede amar... ni comprenderme... y quizá tal vez no es eso lo que yo quiero..., pero escúcheme. Hoy he sabido, puedo decirlo, total es lo mismo..., usted le ha enviado ayer a la esposa de Arbenin, imprudentemente, una carta... Por las palabras tuyas se podría suponer que ella lo quiere.

¡Pero eso es mentira, mentira! ¡No crea, por Dios!... ¡Esa idea nos perderá a todos, a todos! Ella no sabe nada...

¡Pero el marido ha leído la carta y es terrible en el amor y en el odio! Él estuvo aquí... él lo matará... está acostumbrado a la maldad... usted es tan joven...

PRÍNCIPE. - En vano es su temor; Arbenin hace mucho tiempo que conoce la sociedad y es demasiado inteligente para decidirse a hablar públicamente y por último terminar sin necesidad, de una manera sangrienta, esta comedia. Si él se ha enfadado, no es todavía una desgracia. Tomará las pistolas, mediremos los treinta y dos pasos... y le aseguro que estos galones no los he recibido por haber huido del enemigo.

BARONESA. - Pero si su existencia para alguien tiene más valor que para usted... y está vinculada con su vida... ¿Pero y si lo mataran? Si lo matan... ¡Oh, Dios, yo seré culpable de todo!

PRÍNCIPE. - ¿Usted?

BARONESA. - Tenga piedad...

PRÍNCIPE. - (Pensativo) Yo debo ir al duelo: yo soy culpable ante él, he herido su honor aunque no lo sabía, pero no puedo justificarme.

BARONESA. - Hay un medio.

PRÍNCIPE. - Acaso sea mentir. Encuéntreme otra solución. Yo no mentiré para conservar la vida. ¡Voy en seguida!

BARONESA. - Un momento... no vaya... escúcheme. (Tomándolo del brazo) Todos estáis engañados... Aquella mascarita... (Inclinándose casi sobre la mesa) fui yo.

PRÍNCIPE. - ¿Cómo? ¿Usted?... ¡Oh, qué ilusión!

(Pausa). ¿Pero Shpriy? Él me dijo... ¡Él es el culpable de todo!

BARONESA. - (Volviéndose y apartándose algo) Fueron momentos de olvido, una locura terrible de la que me arrepiento ahora. Ya ha pasado y olvídense de todo. Devuélvale la pulsera, que fue encontrada por casualidad por este destino extraño y prométame que este secreto quedará entre nosotros... A mí me juzgará Dios y a usted lo perdonará... Yo me retiro... y pienso que ya no nos veremos más. (Acercándose a la puerta, ve que él quiere seguirla) No me siga. (Sale).

PRÍNCIPE. - (Solo. Después de larga reflexión) Realmente no sé qué pensar. De todo esto sólo comprendo que he perdido una ocasión feliz como un simple escolar. Dejándola ir sin hacer nada.

(Acercándose a la mesa) Pero... ¿y esta carta? ¿De quién es? ¿De Arbenin?... ¿Qué dice?... «Estimado príncipe.: Te espero hoy en lo de M. a la noche; habrá de todo y pasaremos un rato alegre. No te quise despertar, para que siguieras durmiendo toda la tarde. Adiós. Te espero sin falta. Tuyo sinceramente. Eugenio Arbenin». Hace falta realmente un ojo muy especial para ver en esto una amenaza. ¿Dónde se ha visto que se invite a una cena antes de convocar a un duelo?

ESCENA IV

LA HABITACIÓN DE M.

(Kazarin, el dueño y Arbenin se sientan y juegan a los naipes).

KAZARIN. - ¿Con que has dejado todas tus rarezas con las que honras la sociedad y vuelves tus pasos al pasado?... La idea es estupenda. Tú deberías ser poeta y más aún,

por todos los rasgos, un genio; te sofoca el círculo doméstico. Dame la mano, querido amigo. ¿Eres nuestro?

ARBENIN. - Soy vuestro. Del pasado no ha quedado ni la sombra.

KAZARIN. - Es agradable ver, ya lo creo, cómo la gente inteligente mira ahora las cosas. La decencia para ellos es más terrible que las cadenas... ¿Verdad?

¿Jugaremos la partida a medias?

DUEÑO. - ¡Pero al príncipe hay que pellizcarlo un poco!

KAZARIN. - Sí... sí. (Aparte) El encuentro va a ser interesante.

DUEÑO. - Veremos. Llega un coche... (Se oyen ruidos).

ARBENIN. - Es él.

KAZARIN. - ¿Te tiembla la mano?...

ARBENIN. - ¡Oh, no es nada! Es la falta de costumbre. (Entra el príncipe).

DUEÑO. - ¡Oh, príncipe, qué alegría para mí! Le ruego que se siente; quítese el sable. Jugamos una terrible partida.

PRÍNCIPE. - ¡Oh, yo estoy dispuesto a observar!

ARBENIN. - ¿Desde aquel día usted tiene miedo aun?

PRÍNCIPE. - No, con usted, desde luego, no tengo miedo. (Aparte) Siguiendo las reglas de la sociedad, al marido le concedo y a la mujer le arrastro el ala... Con tal de ganar allí, aquí puedo perder. (Se sienta).

ARBENIN. - Hoy estuve en su casa.

PRÍNCIPE. - He leído su cartita y, como ve, soy obediente.

ARBENIN. - En la entrada encontré a alguien un poco confundida y alarmada.

PRÍNCIPE. - ¿Y la reconoció?

ARBENIN. - (Riendo) Creo que la reconocí.

Príncipe, usted es un conquistador peligroso. He comprendido todo. He adivinado todo.

PRÍNCIPE. - (Aparte) Por lo visto, no ha comprendido nada. (Se aparta y deja el sable).

ARBENIN. - No hubiera querido que mi mujer le gustase a usted.

PRÍNCIPE. - (En tono distraído) ¿Por qué?

ARBENIN. - ¡Así no más! Yo no soy de esos maridos benefactores que buscan los amantes. (Aparte) No se turba por nada... ¡Oh, yo voy a destrozarte tu mundo dulce, imbécil, y te agregaré veneno!... Si tú pudieras arrojar sobre la mesa tu alma como arrojas un naipe, yo arrojaría la mía y me la jugaría toda entera.

(Juegan. Arbenin reparte las cartas).

KAZARIN. - Yo pongo cincuenta rublos.

PRÍNCIPE. - Yo también.

ARBENIN. - Les contaré una anécdota que oí cuando era joven; hoy, durante todo el día, no he hecho más que recordarla; pues vean ustedes, cierta vez, cierto señor, hombre casado... -te toca a ti, Kazarin-; este hombre casado, seguro de la fidelidad de su esposa, se abandonaba dulcemente a esa vida... -me parece, príncipe, que usted está escuchando con demasiada atención y puede perder-. El buen marido era querido. Pasaban los días tranquilamente y para colmo de felicidad el marido tenía un amigo... a quien le había hecho un gran servicio en cierto momento; éste parecía tener honor y buena conciencia. Pues bien, no sé por qué caminos, el marido supo que el agradecido amigo y muy honrado deudor le ofrecía a su esposa sus servicios.

PRÍNCIPE. - ¿Y qué hizo el marido?

ARBENIN. - (Aparentando no escuchar la pregunta) Príncipe, usted se ha olvidado del juego; está doblando demasiado. (Mirándolo fijamente) ¿Le interesa a usted saber lo que hizo el marido?... Utilizando un pretexto, le dio una bofetada... ¿Y usted cómo procedería, príncipe?

PRÍNCIPE. - Yo hubiera hecho lo mismo. ¿Y aquella vez qué pasó? ¿Fueron a duelo?

ARBENIN. - ¡No!

KAZARIN. - ¿Se mataron?

ARBENIN. - ¡No!

KAZARIN. - ¿Entonces se amigaron?

ARBENIN. - (Sonriendo amargamente) ¡Oh, no!

PRÍNCIPE. - ¿Entonces qué es lo que hizo?

ARBENIN. - Quedó vengado con haberle dado la bofetada al conquistador.

PRÍNCIPE. - (Sonriendo) Pero si eso está en contra de todas las reglas.

ARBENIN. - Creo que no existe un ukase, ley o reglamento que ordene el odio y la venganza. (Juegan. Pausa). ¡He ganado!... ¡He ganado! (Levantándose)

¡Esperen un poco! ¿No es usted quién ha cambiado esta carta?

PRÍNCIPE. - ¿Yo? Escúcheme...

ARBENIN. - ¡Se acabó el juego!... Aquí ya no hay más decencia... ¡Usted (enfurecido) es un fullero, un canalla!

PRÍNCIPE. - ¿Yo? ¿Yo?

ARBENIN. - ¡Canalla! Yo aquí mismo lo voy a señalar para que todos consideren que es una ofensa ser amigo suyo. (Le arroja los naipes a la cara; el príncipe está tan asombrado que no atina a responder).

KAZARIN. - ¿Qué te pasa? (Al dueño) Se ha vuelto loco en el mejor momento; aquél se ha enardecido, pero hubiera sido mejor esperar que afloje unos dos mil rublos.

PRÍNCIPE. - (Volviendo en sí, se pone de pie bruscamente) Ahora, conmigo únicamente vuestra sangre podrá lavar esta ofensa.

ARBENIN. - ¿A un duelo? ¿Con usted? ¿Yo? ¡Está confundido!

PRÍNCIPE. - ¡Es un cobarde! (Quiere arrojarle sobre él).

ARBENIN. - (Amenazante) Pues que así lo sea, pero no le aconsejo quedarse aquí ni por un solo momento. Yo seré un cobarde, pero usted es incapaz de asustar hasta a un cobarde.

PRÍNCIPE. - ¡Oh, yo lo obligaré a pelear! ¡Yo le contaré a todos su acción y que usted es un canalla!...

ARBENIN. - Estoy dispuesto.

PRÍNCIPE. - (Aproximándose) Yo contaré que su mujer... ¡Oh, cuídese!... Recuerde la pulsera...

ARBENIN. - Por todo esto usted ya está castigado...

PRÍNCIPE. - ¡Oh, furia!... ¿Dónde estoy? ¡Todo el mundo está en contra de mí... yo lo mataré!...

ARBENIN. - Como usted prefiera, y hasta le regalaré el consejo de matarme lo más pronto posible, porque a lo mejor se le enfría el coraje dentro de una hora.

PRÍNCIPE. - ¡Oh!, ¿dónde está mi honor?

Devuélvame esta palabra y yo quedaré a sus pies... ¡Para usted no hay nada sagrado! ¿Usted es un hombre o un demonio?

ARBENIN. - Soy un simple jugador.

PRÍNCIPE. - (Sentándose, cubriendo el rostro con las manos) ¡Oh, mi honor, mi honor!

ARBENIN. - El honor no volverá a usted. La barrera que existía entre el bien y el mal ha sido rota y todo el mundo le dará vuelta la cabeza con desprecio; ahora irá por el camino de los renegados y comprenderá la dulzura de las lágrimas sangrientas y hasta la felicidad de sus allegados será un peso para su alma; pensará sólo una cosa día y noche, y poco a poco los sentimientos de amor más espléndidos se apagarán, hasta morir y la felicidad no le dará su arte; todos esos amigos ruidosos desaparecerán como las hojas de los árboles de una rama podrida, y cubriéndose la cara y sonrojándose pasará entre la multitud, le entristecerá la vergüenza más que los crímenes del malvado. ¡Y ahora... (Saliendo) le deseo larga vida! (Sale).

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

BAILE

DUEÑA. - Estoy esperando a la baronesa; no sé si vendrá. Realmente me daría lástima por usted.

VISITA 1ª - No la comprendo.

VISITA 2ª - ¿Usted espera a la baronesa Shtral? Ella ha partido de viaje

VARIOS - ¿Adónde? ¿Para qué? ¿Hace mucho?

VISITA 2ª- Partió al campo esta mañana.

DAMA - ¡Dios mío! ¿Por qué será? ¿Será por propia voluntad?

VISITA 2ª- Son fantasías, novelas. Deje nomás. (Se disuelve el grupo).

(Un grupo de hombres)

VISITA 3ª- ¿Supo usted que el príncipe Zviezdich ha perdido otra vez en el juego?

VISITA 4ª - Al contrario, ganó, pero por lo visto con engaños, y recibió una bofetada.

VISITA5ª - ¿Hubo duelo?

VISITA4ª - No, no quiso.

VISITA3ª - ¡Qué canalla resultó ser!...

VISITA5ª - Desde hoy yo no lo conozco más.

VISITA6ª - Y yo tampoco ¡Qué procedimientos incorrectos!

VISITA4ª - ¿Vendrá aquí?

VISITA3ª - No, no creo que se atreva.

VISITA4ª - Ahí está (Se acerca el príncipe; apenas lo saludan. Todos se apartan, menos las visitas 5ª y 6ª; luego ellos también se apartan. Nina se sienta en un sofá).

PRÍNCIPE. — Ahora estamos apartados de todos y no tendré otra ocasión mejor para hablarle.

(Dirigiéndose a ella) Debo decirle dos palabras, y usted debe escucharme.

NINA- ¿Debo?

PRÍNCIPE. - ¡Por su felicidad!

NINA. - ¡Qué felicidad tan extraña!

PRÍNCIPE. - Sí, es extraño, porque usted es la culpable de mi desgracia... pero yo le tengo lástima; yo veo que he sido vencido por la misma mano que la matará a usted; jamás me rebajaré a una venganza denigrante; pero escúcheme y sea prudente; su marido es un malvado, sin alma, sin fe, y yo presiento que le amenaza a usted una desgracia. Me despido para siempre; el malvado no ha sido descubierto y yo ahora no lo puedo castigar, pero ya llegará el día..., yo esperaré.

Tome usted su pulsera, ya no me hace falta.

(Arbenin los está observando desde lejos).

NINA. - ¡Príncipe! Usted se ha vuelto loco. Sería un absurdo enojarse con usted.

PRÍNCIPE. - Me despido para siempre y le pido por última vez...

NINA. - ¿A dónde se va? ¿Por lo visto, muy lejos?

Me imagino que no hace un viaje a la luna.

PRÍNCIPE. - (Saliendo) No, algo más cerca; al Cáucaso.

DUEÑA. - (A otros) Parece que han venido muchas visitas y no tengo mucho lugar. ¡Señores, por favor, pasen a la sala! ¡*Mesdames!* A la sala. (Salen).

ARBENIN. - (Consigo mismo) Yo dudaba, y todos lo sabían; todos no hacen más que hacerme insinuaciones... me persiguen... para ellos soy lastimoso, ridículo. ¿Dónde estará el fruto de mi esfuerzo? ¿Dónde estará el poder que antes tenía para castigar a esta gente con la palabra y mi agudeza? ¡Dos mujeres la han matado! Una de ellas... ¡Oh, cómo la amo! ¡La amo... y he sido tan impunemente engañado!... ¡No, yo no la entregaré a la gente y no les daré el derecho de juzgarnos; yo mismo haré el terrible juicio y encontraré el castigo! (Acercando una mano al corazón) Ella morirá; yo no puedo vivir más con ella... ¿Y vivir separados? (Asustándose de sus propias palabras) Está resuelto; ella morirá. No cambiaré mi firme decisión.

Por lo visto, ella está destinada a sucumbir en la flor de los años y ser amada por un hombre como yo, malvado, y amar a otro... eso es evidente... ¿Cómo puedo vivir después de todo esto?... Dios, tú pareces ciego, aunque todo lo ves. ¡Tómala en tu seno, tómala, yo te la entrego, perdónala y dale tu bendición; yo no soy Dios y no perdono. (Se oye la melodía de una música cercana.

Arbenin camina por la habitación y de pronto se detiene) Hace diez años, cuando me iniciaba en el camino de la corrupción, cierta noche perdí en el juego hasta el último centavo; en aquel tiempo no sabía el precio del dinero ni el precio de la vida. Estaba desesperado y fui en busca de un veneno. Después de haberlo comprado regresé a la mesa de juego; la sangre me ardía en el pecho; en una mano tenía preparada la copa con limonada y en la otra una carta; el último rublo en el bolsillo esperaba su destino junto al sello fatal; el riesgo era realmente grande, pero la felicidad me salvó y en una hora recuperé todo lo perdido. Desde aquel día guardo ese veneno como un talismán

misterioso y raro es que me defienda en los agitados días y lo he guardado para la negra hora de mi vida. Y esa hora ha llegado.

(Sale rápidamente).

(La dueña, Nina, varias damas y caballeros; van acercándose otras visitas).

DUEÑA. - No estaría mal descansar un poco.

DAMA- (Conversando con otra) Hace tanto calor, que me derrito.

PETROV. - Mientras, Nina Pavlovna nos cantará algo.

NINA. - Nuevas canciones, realmente no conozco, y las viejas ya los tendrán aburridos.

DAMA. - ¡Ay! De veras, Nina, canta algo.

DUEÑA. - Eres tan encantadora, que no nos obligarás a rogarte en vano toda una hora.

NINA. - (Sentándose al piano) Pero escuchadme con atención, es mi orden, aunque sea un castigo para ustedes. (Canta):

Quando la tristeza hace asomar las lágrimas Sin querer en tus espléndidos ojos, Yo veo
y comprendo sin esfuerzo

Cuán desgraciada eres viviendo con él.

Un ciego gusano corroe

Tu vida indefensa sin saberlo.

Yo estoy contento que él no pueda Amarte como te amo yo.

Si la felicidad acaso asoma

Resplandeciendo en la luz de tus ojos, arde todo un infierno en mi pecho, Entonces
sufro en secreto amargamente.

(Al terminar la tercera quarteta, Arbenin se acerca al piano y se apoya con los codos, mirando a Nina fijamente. Su esposa, al verlo, se detiene).

ARBENIN. - ¿Qué pasa? Continúa.

NINA. - Me he olvidado completamente del final.

ARBENIN. - Si a usted le parece, yo trataré de recordarlo.

NINA. - (Confundida) ¡No! ¿Para qué?

(Dirigiéndose a la dueña) No me siento bien.

VISITA. - (A otro) En toda canción de moda siempre hay palabras que la mujer no puede repetir.

VISITA2^a - Además, por naturaleza, nuestro idioma es demasiado directo y no está acostumbrado a los antojos femeninos de hoy.

VISITA3^a - Usted tiene razón. Como un salvaje que obedece sólo a la libertad, nuestro orgulloso idioma no se dobla; sin embargo, con qué benevolencia nos inclinamos nosotros casi siempre.

(Sirven helados. Las visitas se dirigen a otro rincón de la sala y se dispersan por otras habitaciones, de modo que Arbenin y Nina quedan solos. Un desconocido aparece en el fondo del escenario).

NINA. - (Dirigiéndose a la dueña) Hace tanto calor, que voy a sentarme a descansar aquí. (Dirigiéndose al marido) Ángel mío, tráeme un helado. (Arbenin se estremece y va en busca de un helado; al volver, hecha el veneno en el helado).

ARBENIN. - (Aparte) ¡Muerte, ayúdame!

NINA. - No sé por qué, pero estoy triste, aburrida; me parece que voy a sufrir una desgracia.

ARBENIN. - A veces creo en los presentimientos.

(Sirviéndole el helado) Toma, es un buen remedio contra el aburrimiento.

NINA. - Sí, esto me refrescará. (Comiendo).

ARBENIN. - ¡Oh, cómo no ha de refrescarte!

NINA. - Esto está hoy muy aburrido.

ARBENIN. - ¿Qué hacer? Para no aburrirse con la gente hay que acostumbrarse a mirar con tranquilidad su imbecilidad y su perversidad, ejes alrededor de los cuales se mueve.

NINA. - ¡Tienes terriblemente razón!...

ARBENIN. - Sí, terriblemente.

NINA. - No hay almas inocentes...

ARBENIN. - No. Yo creía que había encontrado una y me equivoqué.

NINA. - ¿Qué dices?

ARBENIN. - Yo decía que había encontrado sólo un alma cándida y eras tú.

NINA. - Estás muy pálido.

ARBENIN. - Será de tanto bailar.

NINA. - ¡Vuelve en ti, *mon ami*! ¡Si no has bailado ni una sola pieza!

ARBENIN. - Sí, es cierto, he bailado poco...

NINA. - (Devolviendo el plato vacío) Toma, déjalo en la mesa.

ARBENIN. - (Levantándose) Lo has comido todo.

No me has dejado nada... qué crueldad. (Consigo mismo) He dado el paso fatal, ya es imposible detenerse, pero no quiero que nadie muera por ella. (Arroja el plato y lo rompe).

NINA. - Qué torpe eres.

ARBENIN. - No es nada, estoy enfermo. Vamos pronto a casa.

NINA. - Vamos. Pero, dime, mi querido, ¿por qué estás hoy tan sombrío?... ¿Estás disgustado conmigo?

ARBENIN. - Hoy precisamente estoy satisfecho de ti. (Sale).

DESCONOCIDO. - Casi le tengo piedad; hubo un momento cuando quise arrojarme para salvarlos...

(Pensativo) No, que se cumpla su destino, que ya llegará la hora de obrar. (Sale).

ESCENA II

EL DORMITORIO DE ARBENIN

(Entra Nina seguida de la mucama).

MUCAMA. - Señora, usted se ha puesto demasiado pálida.

NINA. - (Quitándose los aros) Me siento mal.

MUCAMA. - Usted está cansada.

NINA. - (Consigo misma) Mi marido me asusta, no sé por qué. Anda muy callado y tiene una mirada extraña. (Dirigiéndose a la mucama) Me siento realmente mal. Debe ser por el *corset*. Dime, ¿qué te parece el vestido que llevaba hoy? ¿Me quedaba bien a la cara? (Acercándose al espejo) Tienes razón; estoy pálida, mortalmente pálida. ¿Pero quién no está pálido en Petersburgo?.

Sólo la vieja princesa, y, sin embargo, sus colores son sospechosos. (Se quita los bucles y comienza a trenzarse el pelo). Toma, y alcánzame un chal.

(Sentándose en un sillón) ¡Qué bonito es el nuevo vals!

Hoy bailaba con una agilidad, como si estuviese embriagada, llevando una idea, un deseo que me oprimía involuntariamente el corazón; no sé si era algo de tristeza o tal vez algo de alegría... Sascha¹, dame un libro. Cómo me ha fastidiado este príncipe... En realidad me da lástima ese chiquillo enloquecido. No recuerdo ya qué es lo que me decía... Su marido es un malvado... hay que castigar... el Cáucaso... desgracia... ¡Qué pesadilla!

MUCAMA. - (Señalando los vestidos) ¿Puedo retirarlos?

NINA. - Déjalos. (Muy pensativa. Aparece Arbenin en el marco de la puerta).

MUCAMA. - ¿Puedo retirarme?

ARBENIN. - (A la mucama, en voz baja) Puede retirarse. (La mucama espera la orden de Nina). ¿Por qué no sales? (Sale, y Arbenin cierra la puerta con llave).

ARBENIN. - Ya no te hace falta.

NINA. - ¿Estás aquí?

ARBENIN. - Estoy aquí.

NINA. - Creo que estoy enferma; tengo la cabeza ardiendo. Acércate un poco. Dame la mano; ¿sientes cómo me arde? ¡No sé para qué he comido ese helado!

Por lo visto, me he resfriado. ¿No te parece?

¹ Diminutivo de Alejandro

ARBENIN. - (Distraído) ¿El helado? Sí.

NINA. - Querido mío, tenía deseos de conversar contigo. Has cambiado tanto desde un tiempo a esta parte. Ya no eres tan cariñoso como antes y tu voz es brusca y tu mirada fría. Y todo por aquel baile de máscaras. Yo realmente los odio y he jurado no volver jamás a un baile semejante.

ARBENIN. - (Aparte) No es extraño. Ahora ya no lo necesita...

NINA. - A qué conduce proceder alguna vez sin cuidado.

ARBENIN. - ¡Sin cuidado, oh!...

NINA. - Esa es la desgracia.

ARBENIN. - Había que haberlo pensado todo antes.

NINA. - ¡Oh, si yo hubiera conocido de antemano tus costumbres, no hubiera sido tu esposa! Poco divertido resulta estar sufriendo así sola.

ARBENIN. - Además, ¿para qué te hace falta mi amor? ¡Si mi amor no te hace falta!

NINA. - ¿De qué amor me hablas? ¿Para qué quiero yo esta vida?

ARBENIN. - (Sentándose a su lado) Tienes razón.

¿Qué es la vida? La vida es una cosa vacía; mientras rápidamente hierve la sangre en el corazón, todo en el mundo nos alegra y nos contenta. ¿Por qué pasarán los años con sus deseos y pasiones y todo se volverá cada vez más sombrío? ¿Qué es la vida? Una charada hace mucho tiempo conocida para conjugación de los niños, cuya primera parte es el nacimiento y la segunda una serie terrible de preocupaciones y el tormento de nuestras heridas secretas. ¡Y, por último, la muerte, y todo junto, un engaño!

NINA. - (Señalando el pecho) Hay algo que me arde terriblemente en el pecho.

ARBENIN. - Ya pasará... si está vacío. Calla y escucha. Te estaba diciendo que la vida es un camino hermoso. ¿Pero cuánto dura?... La vida es como un baile, gira alegremente, y todo alrededor es claro y luminoso... Y cuando uno vuelve a casa y se quita el vestido arrugado, recuerda sólo que está cansado. Pero es mejor despedirse mientras el alma no se acostumbra a su vaciedad y el mundo por un instante parece un sueño, y la mente no es pesada y la lucha con la muerte todavía es fácil. Pero no todos tienen esa felicidad que le da el destino.

NINA. - ¡Oh, es claro, pero yo quiero vivir!

ARBENIN. - ¿Para qué?

NINA. - ¡Eugenio, estoy sufriendo, estoy enferma!

ARBENIN. - ¿Acaso no hay tormentos más fuertes y terribles que los tuyos?

NINA. - Manda a buscar un médico.

ARBENIN. - La vida es la eternidad, la muerte un solo instante.

NINA. - ¡Pero yo quiero vivir!

ARBENIN. - ¡Y cuánto consuelo les espera a los mártires!

NINA. - (Asustada) ¡Te imploro; manda a buscar un médico, pronto!

ARBENIN. - (Levantándose. Fríamente). No iré.

NINA. - (Después de una pausa) ¿Estás bromeando? ¡Pero hablar de esa manera es no tener corazón! ¡Me puedo morir! ¡Anda, rápido!

ARBENIN. - ¿Y qué? ¿Acaso no puede usted morir sin el médico?

NINA. - ¡Pero eres un malvado, Eugenio! ¡Soy tu esposa!...

ARBENIN. - ¡Sí! ¡Ya lo sé, ya lo sé!

NINA. - ¡Oh, ten piedad! Este fuego se derrama por mi pecho, me muero...

ARBENIN. - (Mirando el reloj) ¿Tan pronto?

Todavía no; te falta media hora.

NINA. - ¡Oh, tú no me quieres!

ARBENIN. - ¿Por qué te he de querer? ¿Por qué me has encendido un infierno en el pecho? ¡Oh, no!

¡Estoy contento, contento con tus sufrimientos! ¡Dios mío!, ¿y tú, tú te atreves a exigir amor? ¿Acaso te he amado poco? Dime. ¿Y acaso has sabido apreciar el valor de mi ternura? ¿Acaso he exigido mucho de tu amor? Una sonrisa de ternura, una mirada amistosa de tus ojos... ¿y qué es lo que he encontrado?: astucia e infidelidad. ¿Es acaso posible venderme así a mí, a mí, traicionarme por el beso de un imbécil?... ¿A mí, que era capaz de entregar el alma por una sola palabra tuya? ¡A mí me has traicionado, a mí, y tan pronto!

NINA. - ¡Oh!, si yo supiera en qué soy culpable, entonces...

ARBENIN. - Calla, o me volveré loco. ¿Cuándo acabará este tormento?

NINA. - El príncipe encontró mi pulsera y luego tú has sido engañado por algún calumniador.

ARBENIN. - ¡Con qué yo he sido el engañado!

¡Basta! Yo me he equivocado... Yo he soñado que podía ser feliz... Yo pensaba nuevamente amar y tener fe... pero la hora del destino ha sonado y todo ha pasado como el delirio de un enfermo. Quizá hubiera podido realizar mis sueños celestiales dejando que mis esperanzas renacieran en el corazón y florecieran como antes. ¡Pero tú no lo has querido!... ¡Llora, llora! ¿Pero qué valen, Nina, las lágrimas de las mujeres? Nada más que agua. Yo, yo he llorado, pero yo soy un hombre. ¡Sí, yo he llorado de rabia, de celos, de dolor y de vergüenza! Pero tú no sabes lo que significan las lágrimas de un hombre. ¡Oh, no te acerques a él en ese instante: lleva la muerte en las manos y un infierno en el pecho!

NINA. - (Echándose de rodillas y llorando, levanta los brazos hacia el cielo) Dios Todopoderoso, ten piedad de mí. Él no me oye, pero tú siempre me escuchas. Tú todo lo sabes y tú, Todopoderoso, me perdonarás...

ARBENIN. - ¡Calla! ¡Siquiera ante El, no mientas!

NINA. - Yo no miento. Yo jamás mancharé mi ruego y mi plegaria con una mentira; yo le entrego mi alma atormentada. El será tu juez y también mi defensor.

ARBENIN. - (Caminando por la habitación, con los brazos cruzados) Ahora ya es tiempo, Nina, para que reces; tú morirás, faltan sólo algunos minutos, y quedará en secreto la causa de tu muerte y sólo nos juzgará Dios.

NINA. - ¿Cómo? ¿Morir? ¿Ahora? ¿En seguida?

¡No, no puede ser!

ARBENIN. - (Riendo) Ya sabía que eso a usted la asustaría.

NINA. - ¡La muerte, la muerte! ¿Es cierto?... ¡Tengo un fuego en el pecho que parece un infierno!...

ARBENIN. - Sí, yo te he dado veneno en el baile.

(Pausa).

NINA. - ¡No creo, es imposible..., no! ¡Te estás burlando de mí! (Aproximándose) Tú no eres un monstruo, no puede ser; tú debes tener en el alma alguna chispa de bondad... No me puedes matar en la flor de mi vida con semejante frialdad. No vuelvas la cabeza de esa manera, Eugenio, no me dejes sufrir de esa manera. Sálvame, quítame este miedo... Mírame a los ojos... (Mirándolo fijamente y buscándole los ojos) ¡Oh, veo la muerte en tus ojos! (Dejándose caer sobre una silla, cierra los ojos; él se acerca y la besa).

ARBENIN. - Sí, morirás, y yo quedaré solo, solo...

Pasarán los años y moriré también y estaré solo... ¡Qué horror! Pero no tengas miedo: se abrirá ante ti un mundo espléndido y los ángeles te llevarán ante su celestial amparo. (Llorando) Sí, yo te amo, te amo..., yo he olvidado todo nuestro pasado. Hay límites para la venganza, y mira: tu asesino está aquí como un niño, llorando a tus pies... (Pausa).

NINA. - (Apartándose de sus brazos, sale corriendo hacia la puerta) ¡Aquí! ¡Aquí!... ¡Socorro!... ¡Me muero!...

¡Veneno! ¡Me han envenenado! ¡No oyen!...

Comprendo; eres prudente... ¡No hay nadie... no vienen... pero recuerda: hay un juicio final y yo, asesino, te maldigo!

(Antes de llegar a la puerta, cae desmayada).

ARBENIN. - (Sonriendo amargamente) ¡Una maldición! ¿Qué utilidad tiene una maldición? Yo he sido maldecido por Dios mismo. (Acercándose a ella) Pobre criatura, no tiene fuerzas para castigar... (De pie ante ella, con los brazos cruzados) Está pálida...

(Estremeciéndose) Pero todos sus rasgos siguen tranquilos; no se ve en ellos el arrepentimiento ni la conciencia atormentada... ¿Habrás sido...?

NINA. - (Débilmente) Adiós, Eugenio, me muero, pero soy inocente... ¡Eres un malvado!

ARBENIN. - No, no, no te excuses, que ya no te ayudará ni la mentira, ni la astucia... Habla pronto... ¿Me has engañado?... ¡El propio infierno no puede jugar con mi amor! ¿Callas? ¡Oh, la venganza es digna de ti!... Pero no te ayudará; morirás y será un secreto para la gente.

Queda en paz...

NINA. - Ahora para mí todo es igual... pero ante Dios soy inocente... (Muere).

ARBENIN. - (Se acerca a ella y rápidamente se aleja) ¡Mentira! (Se deja caer sentado en un sillón).

ACTO CUARTO

ESCENA PRIMERA

ARBENIN. - (Sentado frente a la mesa, en un sillón) Me he debilitado en esta lucha conmigo mismo, en un esfuerzo torturante y agotador... y, por último, los sentimientos adquirieron no sé qué tranquilidad engañadora y penosa... Sólo a veces se inquieta el alma sin tener por las preocupaciones esta pesadilla fría; y el corazón sufre y parece que se quema. ¿Acaso no ha acabado todo? ¿Acaso todavía debo sufrir más?

¡Mentiras!... Pasarán los días y llegará el olvido. Bajo el peso de los años morirá la imaginación y vendrá por fin alguna vez la tranquilidad a albergarse en este pecho...

(Pensativo, de pronto levanta la cabeza) ¿Me he equivocado? No, los recuerdos son implacables... ¡Cómo veo vivamente sus ruegos, su angustia!... ¡Oh, fuera, fuera, víbora que en mí despiertas! (Dejando caer la cabeza sobre las manos).

ENTRA KAZARIN

KAZARIN. - (En voz baja) Arbenin está aquí, triste y suspirando. Veremos cómo se desempeña en esta comedia. (Dirigiéndose a él) Querido amigo, me he apurado en visitarte al conocer tu desgracia. ¿Qué hacer? El destino así lo quiso y a cada uno le espera su fin... (Pausa). Pero basta, hermano; no te dejes vencer tan fácilmente; eso está bien para la gente, para el público, pero nosotros somos actores. Dime, hermano...

¡Qué pálido te has puesto! Se podría pensar que te has pasado la noche jugando a los naipes y has perdido.

¡Oh, viejo pícaro!... Ya tendremos tiempo de hablar más tarde... Ya llegan tus parientes. Vienen a despedirse de la finada. Adiós, entonces, hasta otro día.

(Sale)

ENTRAN Y PASAN LOS PARIENTES

DAMA. - (A la sobrina) Se ve que Dios lo ha maldecido; fue un mal marido y un mal hijo... No me hagas olvidar que tengo que entrar a una tienda para comprarme un vestido de luto. Aunque no tengo muchos recursos, soy capaz de arruinarme por mis parientes.

SOBRINA. - ¡ *Ma tante!* ¿Cuál habrá sido la causa de la muerte de mi prima?

DAMA. - La causa, señorita, se debe a que es tonta vuestra sociedad de moda. ¡Ya llegarán a conocer otras desgracias! (Salen).

(Salen de la habitación de la finada el doctor y un anciano).

ANCIANO. - ¿Se murió delante suyo?

DOCTOR. - No tuvieron tiempo de encontrarme.

¡Yo siempre he dicho que son una desgracia esos helados y esos bailes!

ANCIANO. - El entierro es lujoso. ¿Ha visto usted la mortaja? Cuando murió mi hermano la primavera pasada, habían puesto una igual sobre el ataúd. (Salen).

DOCTOR. - (Acercándose a Arbenin y tomándolo del brazo) Usted debe descansar.

ARBENIN. - (Estremeciéndose) ¡Ah!... (Aparte) Se me oprime el corazón.

DOCTOR. - Esta noche se ha entregado usted demasiado a la tristeza. Duerma.

ARBENIN. - Trataré de hacerlo.

DOCTOR. - Ya no podemos ayudarle en nada; pero usted debe cuidarse.

ARBENIN. - ¡Oh! ¡Yo soy invulnerable! ¡Cuántos sufrimientos terrenales llenaron mi corazón y yo sigo viviendo... Yo buscaba la felicidad y Dios me la envió con aspecto de mujer; mi aliento perverso manchó su espíritu celestial y he ahí esa criatura espléndida que veis, fría y muerta! Cierta vez, un hombre ajeno a mi vida, arriesgando su honor, perdió en el juego y fue salvado por mí. Sin embargo, sin decir una palabra y burlándose, me quitó todo, todo al cabo de una hora.

(Sale).

DOCTOR. - Está enfermo, fuera de broma, esta vez no me equivoco; esta cabeza está llena de tormentos, pero si se vuelve loco, respondo que seguirá viviendo. (Al salir se encuentra con dos personas).

EL DESCONOCIDO Y EL PRÍNCIPE

DESCONOCIDO. - Con su permiso; quisiera preguntarle si podríamos ver a Arbenin.

DOCTOR. - No podría asegurarle... pues la esposa acaba de fallecer ayer.

DESCONOCIDO. - Cuánto lo lamentamos.

DOCTOR. - Y está tan afligido...

DESCONOCIDO. - Él también me da lástima...

¿Pero está en casa?

DOCTOR. - ¿En casa? Sí.

DESCONOCIDO. - Tengo un asunto muy importante para él.

DOCTOR. - ¿Ustedes son, seguramente, sus amigos?

DESCONOCIDO. - Por ahora, no; pero hemos venido para ver si podemos intimar un poco.

DOCTOR. - Arbenin está enfermo, fuera de bromas.

PRÍNCIPE. - (Asustado) ¿Está acostado, sin conocimiento?

DOCTOR. - ¡No! Habla, camina y tenemos esperanzas todavía...

PRÍNCIPE. - ¡Gracias a Dios! (Sale el doctor) Por fin...

DESCONOCIDO. - Tiene usted el rostro enardecido. ¿Sigue firme en su resolución?

PRÍNCIPE. - ¿Y usted me asegura que es justa su sospecha?

DESCONOCIDO. - Escúcheme; los dos perseguimos un mismo fin, y ambos lo odiamos por igual; pero usted no conoce su alma; es sombría y profunda como la caja de un ataúd; cuando se abre, lo que cae en ella se entierra para siempre; las sospechas necesitan su demostración; él no conoce el perdón ni la piedad cuando está ofendido. La venganza y sólo la venganza es lo que persigue, y ésa es su ley. Sí, esta muerte parece tener una causa oculta. Yo sabía que ustedes eran enemigos y estaba muy dispuesto a servirle.

Si ustedes piensan pelear, yo me apartaré a un lado para ser espectador.

PRÍNCIPE. - Dígame, ¿cómo es que usted supo el día anterior que yo fui ofendido por él?

DESCONOCIDO. - Me gustaría contarle, pero temo que lo aburra. Además, toda la ciudad está comentando...

PRÍNCIPE. - La idea es insoportable, **DESCONOCIDO.** - Lo está atormentando demasiado.

PRÍNCIPE. - ¡Oh, usted no sabe qué es la vergüenza!

DESCONOCIDO. - ¿La vergüenza? No existe. La experiencia se lo demostrará y le enseñará a olvidarlo.

PRÍNCIPE. - ¿Pero quién es usted?

DESCONOCIDO. - ¿Le hace falta mi nombre?

Yo soy su amigo, celoso defensor de su honor, y creo que no le hace falta saber nada más. Pero chitón, que ya viene... Es él, su andar pesado y lento. ¡Es él! Apártese un instante, que yo debo hablarlo y para ello usted no me sirve de testigo. (El príncipe se aparta)...

(Aparece Arbenin con un candelabro de velas encendidas).

ARBENIN. - ¡La muerte... la muerte! ¡Oh, esta palabra está por todas partes y me penetra; me persigue; callado observé más de una hora su cadáver y mi corazón estaba lleno de angustia intraducible al ver sus rasgos tranquilos de infantil candor; la sonrisa constante, floreciendo apenas en sus labios ante la eternidad que se abrió ante ella marcando el destino de su alma. ¿Será posible que me haya equivocado? ¡Imposible! ¿Yo, equivocarme? ¿Quién me puede demostrar su inocencia? ¡Mentira! ¡Mentira! ¿Dónde están las pruebas? Yo tengo otras. Si a ella yo no le he creído, ¿a quién le daré fe? Sí... yo fui un marido apasionado, pero fui un juez muy frío. ¿Quién se atreverá a decirme lo contrario?

DESCONOCIDO. - Yo me atrevería.

ARBENIN. - (Al principio se asusta y luego, apartándose, acerca las velas hacia el rostro del desconocido para identificarlo) ¿Quién es usted?

DESCONOCIDO. - No es extraño, Eugenio, que no me reconozcas, y, sin embargo, fuimos amigos.

ARBENIN. - ¿Pero quién es usted?

DESCONOCIDO. - Yo soy tu genio del bien.

Siempre he estado a tu lado, aunque invisible. Siempre con otro rostro y con otra vestimenta; conozco todos tus asuntos y casi todos tus pensamientos y hace poco te he vigilado en el baile de máscaras.

ARBENIN. - (Estremeciéndose) No me gustan los profetas y le ruego que se retire inmediatamente. Le estoy hablando en serio.

DESCONOCIDO. - De acuerdo; pero a pesar de tu voz amenazante y de tu decisión categórica, yo no me voy. Y veo, veo claramente que no me has reconocido.

Yo no pertenezco a ese tipo de personas que puede renunciar en un momento de peligro al fin que persigue durante mucho tiempo. He logrado algo de lo que me proponía y moriré aquí, pero no daré un paso atrás.

ARBENIN. - Yo mismo soy así y, sin embargo, no me vanaglorio. (Sentándose) Escucho.

DESCONOCIDO. - (Aparte) ¿Por ahora mis palabras no lo han conmovido o en realidad estoy equivocado? Veremos más adelante. (Dirigiéndose a Arbenin) Siete años atrás. Arbenin, todavía me reconocías. Yo era joven, sin experiencia, impulsivo y con riquezas. Pero tú... en tu pecho ya se encubría esta frialdad, ese desprecio infernal hacia todos, de que tú siempre te vanaglorias. No sé si adjudicar ese rasgo a tu inteligencia o a cierta situación; no voy a analizar tu alma; la comprenderá Dios, que fue su creador.

ARBENIN. - El comienzo es bueno.

DESCONOCIDO. - El final no será peor. Cierta vez me convenciste y atrayéndome me llevaste a la mesa de juego... Mi cartera estaba llena y además creía en la felicidad... Me senté a jugar contigo y perdí todo. Mi padre era un hombre avaro y severo... y para no someterme a sus reproches resolví volver al juego para recuperar lo perdido. Pero tú, aunque eras joven en aquel entonces, me tenías en tus garras y yo perdí todo nuevamente. Quedé desesperado, y como tú bien recordarás, hubo lágrimas y ruegos... A ti sólo te provocaron risas... pero mejor hubiera sido para mí que me atravesaran con un puñal. Mas, en aquel tiempo no miraba las cosas con cierta premonición y únicamente ahora la semilla de la maldad dio su fruto. (Arbenin intenta ponerse de pie y luego sigue sentado y pensativo). Desde aquella vez abandoné todo; las mujeres y el amor y los placeres de la juventud. Los sueños de ternura y las dulces inquietudes; se abrió para mí un nuevo mundo de luz, de nuevas y extrañas sensaciones, un mundo, una sociedad de gente humillada y ofendida, con almas

orgullosas, de pasiones heladas y atrayentes torturas. He visto también que el dinero es el zar de la tierra y me he doblegado ante él...

Pasaron los años, se llevaron todo; la riqueza y la salud; por siempre se ha cerrado para mí la puerta de la felicidad. Yo he firmado un pacto con el destino y he aquí lo que soy... ¡Ah, tiembles! ¡Comprendes lo que quiero y lo que buscaba! Repite una vez más que todavía no me conoces.

ARBENIN. - ¡Fuera! ¡Te he reconocido, te he reconocido!...

DESCONOCIDO. - ¿¡Fuera!? ¿Acaso esto es todo? ¿Te has burlado de mí? Y yo estoy dispuesto a divertirme. Hace poco que por casualidad, a mis oídos ha llegado el rumor de que eres feliz; te has casado y eres rico. Me causó amargura, y el corazón, compungido, me ha hecho pensar en ti; ¿pero por qué será feliz? Un sentimiento categórico me empujaba, ordenándome: «Anda, anda, inquiétalo». Y empecé a seguirte, mezclándome siempre con la multitud, siguiéndote por todas partes, sin fatigarme y averiguando todo... Por fin, mis esfuerzos llegan a su término. Escucha, he sabido y... y debo revelarte una verdad... (Pronunciando marcada pero lentamente cada sílaba) Escúchame: tú... has matado a tu mujer...

(Arbenin retrocede bruscamente. Se aproxima el príncipe).

ARBENIN. - ¿La he matado? ¿Yo? ¡El príncipe!

¡Oh, qué es esto!...

DESCONOCIDO. - (Retrocediendo) Yo he dicho todo y el dirá lo demás.

ARBENIN. - (Enfurecido) ¡Ah! ¡Una confabulación! ¡Estupendo! Yo estoy en vuestras manos... ¿Quién lo podrá impedir? Nadie... Ustedes son los dueños de la situación... yo obedezco... estoy a vuestros pies... mi alma se turba ante vuestras miradas... y yo soy un tonto, un niño, y en contra de vuestras palabras no hallo respuesta... Por un instante estoy vencido y fui engañado con bromas; pondré tranquilamente mi cabeza bajo el hacha... ¿pero ustedes no han calculado que yo tengo inteligencia, fuerza y experiencia? Ustedes creyeron que ella se ha llevado todo a la tumba y que yo no podré pagarles lo que merecen, como hacía antes. He aquí cómo estoy humillado ante vuestra opinión con mis palabras de ruego amenazante... Sí, la escena está bien preparada, pero ustedes no adivinaron el final. ¿Y este chiquillo?...

¿El también piensa pelear conmigo? ¿Fue poco una bofetada y quiere recibir otra? ¡Usted recibirá, mi querido, todas las necesarias! ¿O es que está aburrido de la vida?

No es extraño; la vida de un imbécil es poca cosa. Puede irse preparando. Usted será asesinado y morirá con el nombre y la muerte de un canalla.

PRÍNCIPE. - Veremos, pero pronto...

ARBENIN. - ¡Vamos, vamos!

PRÍNCIPE. - ¡Ahora soy feliz!

DESCONOCIDO. - (Separándolos) Pero lo más importante se ha olvidado...

PRÍNCIPE. - (Deteniendo a Arbenin) ¡Espere!

Usted debe saber que me ha acusado en vano; que no tiene ninguna culpa su víctima; usted me ha insultado, me ha ofendido a tiempo, y yo quería decirle... pero vamos.

ARBENIN. - ¿Qué? ¿Qué?

DESCONOCIDO. - Tu esposa era inocente; fuiste muy severo con ella...

ARBENIN. - (Riendo) ¿Usted tiene en reserva muchas bromas como ésta?

PRÍNCIPE. - No, no, yo no bromeo, juro por el Creador. La pulsera, por casualidad cayó en manos de la baronesa, quien me la entregó después. Yo mismo me equivoqué. Mi amor fue rechazado por su esposa. Si yo hubiera sabido que por este error ocurriría tanto mal, no hubiera buscado ni una mirada, ni una sonrisa... Con esta carta la baronesa descubre toda la verdad.

Lea usted rápidamente; tengo los instantes contados...

(Arbenin toma la carta y lee).

DESCONOCIDO. - (Elevando los ojos al cielo con hipocresía) La providencia castiga al malvado. ¡Qué lástima! La inocente ha muerto. Pero aquí la esperaba la tristeza, mientras que en el cielo se ha salvado. ¡Ah, yo la he visto! Sus ojos eran el claro reflejo de la pureza de su alma. Quién podría pensar que esa espléndida flor fuera destrozada por la tempestad en un instante.

¿Por qué has callado, infeliz? Arráncate los cabellos desesperado... grita... ¡Qué horror!. .. ¡Oh, qué horror!. ..

ARBENIN. - (Arrojándose sobre ellos) ¡Yo los estrangularé, verdugos! (De pronto cae debilitado sobre el sillón).

PRÍNCIPE. - (Empujándolo con grosería) Los remordimientos no le ayudarán. Lo esperan las pistolas; nuestra discusión no ha terminado... ¿Calla, no me escucha? ¿Habrá perdido el juicio?

DESCONOCIDO. - Tal vez...

PRÍNCIPE. - Usted me ha interrumpido.

DESCONOCIDO. - Nosotros apuntamos a cosas diferentes. Yo me he vengado; para usted, yo creo que ya es tarde.

ARBENIN. - (Levantándose, con mirada salvaje)

¿Qué es lo que ha dicho?... (Decayendo) No tengo fuerza, no tengo fuerza... Fui tan ofendido, estaba tan seguro... ¡Perdóname, perdona, oh, Dios mío! ¿A mí? ¿Perdón? (Ríe a carcajadas) Y las lágrimas, los ruegos, la imploración... ¿Tú has perdonado? (Echándose de rodillas) Y héme aquí echado de rodillas ante ustedes...; decidme, por favor, si no fue cierta la traición, la maldad evidente... ¡Yo quiero, yo ordeno que la acuséis al instante! ¿Que ella es inocente? ¿Acaso ustedes estuvieron aquí? ¿Me miraron en el alma? Yo pido ahora como ella antes me rogaba... ¿Un error? ¿Me he equivocado?... Ella también me lo aseguraba, pero yo le dije que era mentira... (Poniéndose de pie) Yo le dije a ella esto. (Pausa). He aquí lo que les voy a revelar: yo no soy el asesino. (Mirando fijamente al desconocido) ¡Tú fuiste! ¡Rápido, reconoce tú, habla valientemente! ¡Sé sincero siquiera conmigo! ¡Oh, querido amigo, por qué has sido tan cruel, si yo la amaba, yo hubiera dado el cielo y el paraíso por una lágrima suya para no perderla... pero yo te perdono! (Echándose en los brazos del desconocido y llorando).

DESCONOCIDO. - (Rechazándolo con grosería) Vuelve en ti, domínate... (Al príncipe) Llémoslo de aquí; con el aire tal vez vuelva en sí... ¡Arbenin!

(Tomándolo del brazo).

ARBENIN. - No nos veremos más... Adiós...

Vamos... vamos... aquí... aquí... (Desprendiéndose, se arroja a la habitación donde está el ataúd de Nina).

PRÍNCIPE. - ¡Deteneos!

DESCONOCIDO. - Hoy ha cedido bastante esa mente orgullosa.

ARBENIN. - (Volviendo, con un quejido salvaje)

¡Miren aquí! Miren... (Adelantándose hacia el centro del escenario) Yo te decía que eres cruel. (Cae al suelo y semisentado queda con la mirada inmóvil. El príncipe y el desconocido lo observan de pie).

DESCONOCIDO. - ¡Hace mucho que buscaba la venganza completa y ahora estoy por fin vengado!

PRÍNCIPE. - Perdió el juicio y está feliz. ¿Pero yo?... Para siempre he perdido la tranquilidad y el honor.

FIN

[Mijail Lermontov](#), 1834-1835

Recomendaciones:

[Emma](#) , [La abadía de Northanger](#), [Orgullo y Prejuicio](#) de Jane Austen

[Papá Goriot](#), [La Piel de Zapa](#), [Eugenia Grandet](#) de Honoré de Balzac

[La vida es sueño](#) de Pedro Calderón de la Barca

[La Cabaña Del Tío Tom](#) de Harriet Beecher Stowe

[Cumbres Borrascosas](#) de Emily Brontë

[Don Quijote de la Mancha](#), [Los Trabajos De Persiles Y Sigismunda](#) de Miguel de Cervantes

[Divina Comedia](#) de Dante Alighieri

[Robinson Crusoe](#) de Daniel Defoe

[Oliver Twist](#), [David Copperfield](#), [Historia De Dos Ciudades](#) de Charles Dickens

[L'Idiot](#), [Les Frères Karamazov](#), [Crimen y Castigo](#) de F. M. Dostoievski

[Los tres mosqueteros](#), [Veinte años después](#) de Alexandre Dumas

[La azucena roja](#), [La isla de los Pingüinos](#) de A. France

[El Gran Gatsby](#) de F. Scott Fitzgerald

[Trafalgar](#), [La corte de Carlos IV](#), [Doña Perfecta](#) de Benito Pérez Galdós

[Fausto](#), [Las penas del joven Werther](#) de Johann Wolfgang von Goethe

[El Capote](#), [La Nariz](#) de Nikolai Gogol

[La Letra Escarlata](#) de Nataniel Hawthorne

[Nuestra Señora de París](#), [Los Miserables](#) de Victor Hugo

[El proceso](#), [La metamorfosis](#) de Franz Kafka

[Martin Eden](#), [La llamada de la selva](#), [Colmillo Blanco](#) de Jack London

[Así habló Zaratustra](#), [El nacimiento de la tragedia](#) de Friedrich Wilhelm Nietzsche

[Moby Dick](#), [Bartleby, el escribiente](#) de Herman Melville

[Eugenio Onegin](#), [La Dama De Picas](#), [Boris Godunov](#) de Aleksandr Pushkin

[Seis personajes en busca de autor](#) de L. Pirandello

[Cábalas Y Amor](#), [Guillermo Tell](#) de Friedrich Schiller

[Quintin Durward](#) de Walter Scott

[Otelo, el moro de Venecia](#), [El Rey Lear](#), [Hamlet](#) de William Shakespeare

[La isla del tesoro](#) de Robert Louis Stevenson

[Padres e hijos](#), [Nido de hidalgos](#), [Relatos de un cazador](#) de I. Turguénev

[Pepita Jiménez](#), [Las ilusiones del doctor Faustino](#) de Juan Valera

[El perro del hortelano](#), [La discreta enamorada](#), [Fuenteovejuna](#) Lope de Vega

[Un Capitan De Quince Años](#) de Julio Verne

[El retrato de Dorian Gray](#) de Oscar Wilde

[Novela de ajedrez](#), [Carta de una Desconocida](#), [24 horas en la vida de una mujer](#) de Stefan Zweig

